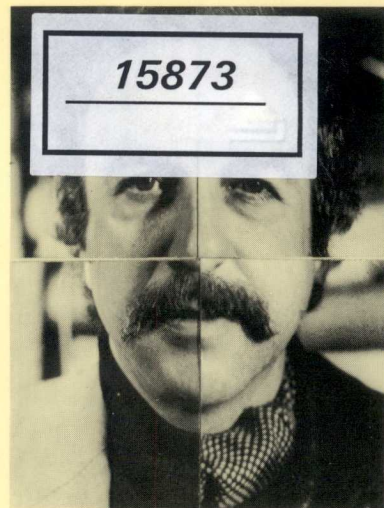




FIDEL PEREZ - SANCHEZ

V.S. ALGORA
M.J. ALGORA

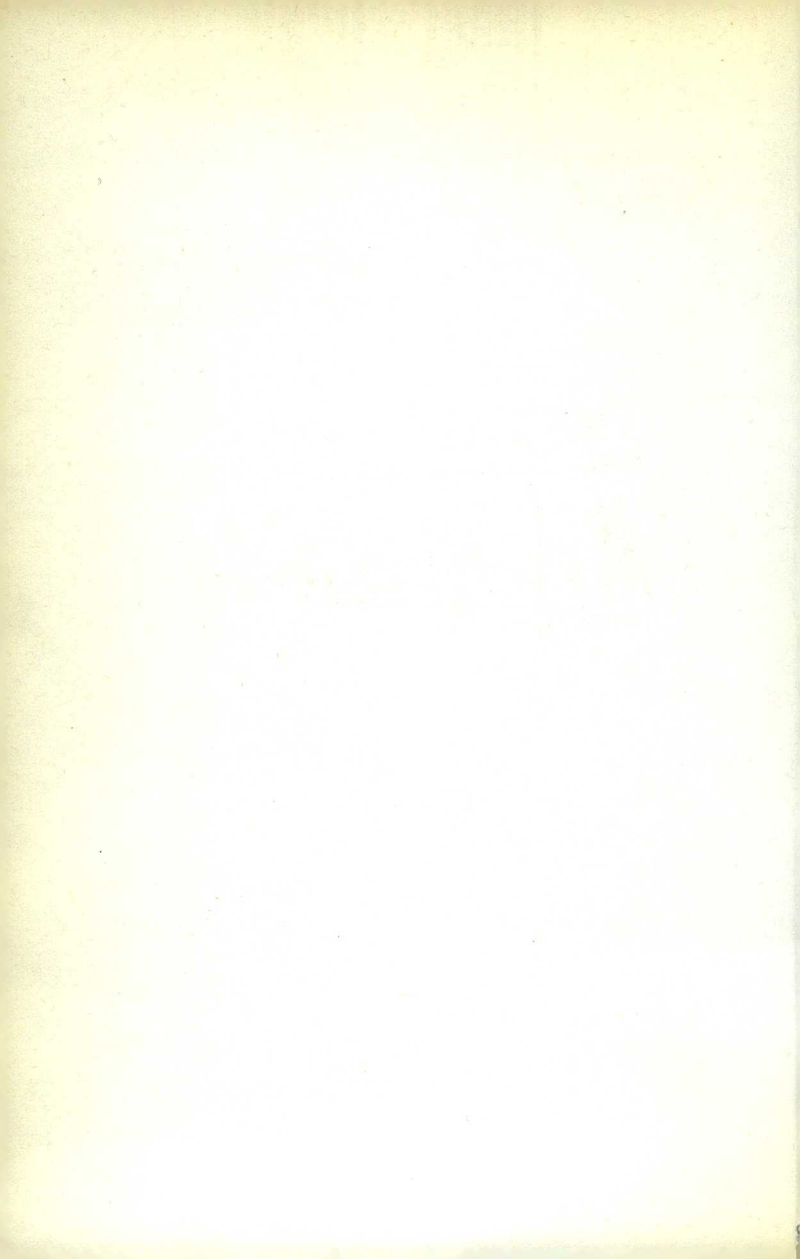
ARTISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS



Mencionar el nombre de "Algora" entre los ceramistas, es hacer alusión a una firma aureolada de un prestigio poco común. Han sido largos, larguísimos años durante los cuales, estos dos hermanos gemelos, Manuel y Vicente, trabajaron incansablemente hasta lograr, a fuerza de un tesón y entrega ejemplar, colocar su nombre en paridad con las más famosas producciones de este género existentes en nuestro país. Esto no es nada nuevo.

Pero lo que si es posiblemente nuevo para muchos. Lo que no es tan conocido. Aquello que quizá ignoran quienes les conocen de sobra como grandes ceramistas, es, precisamente, su calidad como pintores.

15.873



V.S. ALGORA

M. J. ALGORA

Ms. 238



FIDEL PEREZ SANCHEZ
Colaborador del Diario
Informaciones



DIRECCION GENERAL DEL PATRIMONIO ARTISTICO Y CULTURAL

V.S. ALGORA

M.J. ALGORA

© SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE
EDUCACION Y CIENCIA, 1976.

Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia.

Imprime: GAEZ, S. A. - Arganda del Rey (Madrid).

Depósito legal: M-37.723-1976

I. S. B. N.: 84-369-0084-7

Impreso en España.

INTRODUCCION

¿Dónde se fabrican estas porcelanas?, pregunto a un comerciante de un lujoso establecimiento madrileño dedicado a la venta de objetos de arte. Son, responde, de la firma "Algora", que tiene sus talleres últimamente en Móstoles.

Había suficientes motivos para efectuar la pregunta. Mi profesión de escultor me ha impedido siempre no detenerme ante las cosas bellas, y aquellas frágiles figuras colocadas en la vitrina del flamante comercio me obligaron a pararme en seco. Pasar adelante hubiera sido tan imposible como el hecho de cruzar los más famosos salones de nuestros mejores palacios sin conocer la importancia de esos entrañables y delicados grupos cerámicos que los enriquecen, relicarios y mudos testigos de unos momentos de verdadero esplendor artístico. Indudablemente me encontraba ante algo fuera de serie, y por fuerza hube de quedarme con el nombre "Algora" grabado en mi mente.

Algún tiempo después — ironía del destino —, alguien que necesitaba la

colaboración de un escultor llamaba a mi puerta; y este "alguien" fue, precisamente, la firma "Algora". Acudí a la cita y así tomé contacto por primera vez con dos hermanos gemelos, Manuel y Vicente, más o menos de mi misma edad, es decir, bien metidos en los cuarenta. Hablamos. Convinimos las modalidades de mi colaboración. Visitamos la fábrica. Puedo decirlo con toda sinceridad: si un día me llamó la atención la singular belleza de aquéllas porcelanas, ahora al conocer el lugar donde ellas toman cuerpo, no pude menos de sorprenderme. ¿Qué tenían en común estas instalaciones cuidadas, pulcras, alegres y confortables, con todo eso que normalmente evoca la fábrica o el taller? Un orden ejemplar, una organización perfecta, unas técnicas, desde luego artesanales y dentro de las mejores tradiciones, pero sin vestigios arcaicos, y lo que es más importante, un personal escogido, calificado, y sobre todo, unánime en su sentimiento de identificación con la empresa donde se realizan, y de la cual obtienen lo necesario para una digna subsistencia. Confieso que desde este primer contacto con el complejo "Algora" sentí una viva admiración por los artífices de todo cuanto pude contemplar. Ya en aquel instante comprendí que no me encontraba frente a dos ejecutivos de corte tradicional donde el rendimiento de la empresa llevado al máximo resulta ser prioritario sobre toda otra clase de consideraciones. El cuidado de la calidad, el deseo de lograr para cada objeto salidos de las muflas un álito de arte; la suprema ambición de conseguir una personalidad propia, individual, viviente, en cada figura producida, constituían la constante de estos dos hombres sencillos — más bien humildes —, pero grandes, muy grandes en cuanto al caudal de valores que ennoblecen la personalidad humana. Sin titubeos me identifiqué con ellos; y así, en ese roce diario, preciso a nuestra colaboración, fue surgiendo una amistad

recíproca que me permitió profundizar al máximo en lo más íntimo y secreto de sus vidas, a todas luces excepcionales, de las cuales hoy se me ha ofrecido la oportunidad de ocuparme.

No tardé mucho tiempo en darme cuenta de que Manuel y Vicente S. Algora distaba mucho de ser felices. Ese taller, modelo en su concepción y funcionamiento, que era el logro de muchos años de lucha y esfuerzo, y del cual hubiéranse sentido orgullosos y satisfechos la inmensa mayoría de los mortales, no era precisamente la meta que ellos soñaron alcanzar. Sucede que a veces la vida humana, semejante a un ferrocarril, avanza decididamente hacia el horizonte deslizándose imperativamente por esas vías condicionantes que nos impuso nuestro propio destino. Así, los afanes, las inquietudes artísticas de los hermanos Algora que tuvieron sus primeros balbuceos entre talleres, escuelas y gentes de la cerámica, hacia cuya actividad se vieron empujados por una suerte de circunstancias ajenas a la propia voluntad, pero estrechamente ligadas a la necesidad de una retribución pecuniaria, hubieron de continuar por este camino siempre esperanzados en que de una manera o de otra tornarían, o mejor, emprenderían la ruta de la pintura propiamente dicha, a la cual estaban llamados por vocación.

Pero es bien cierto —y esto no lo comprendían bien por aquellos tiempos ambos muchachos— que el ejercicio de la cerámica no puede hacerse en solitario, sino que requiere un trabajo en equipo, es decir, una muy estrecha colaboración con otras personas, lo que necesariamente impone unas obligaciones y unos condicionamientos; siendo éstos los que si bien han dado en su caso particular como resultado a una empresa ejemplar, les ha limitado no poco en la indispensable libertad e independencia que son absolutamente necesarias para la plena realización del

artista. De ahí esa modesta aparición en público como verdaderos valores de la pintura actual. De ahí su prácticamente inexistente acaparamiento de trofeos, galardones y otros títulos que, teniendo en cuenta la calidad de la obra realizada, les hubieran sido merecidamente otorgados. Y aunque de acuerdo con el temperamento sencillo de estos dos artistas no sean dichos galardones y trofeos inconquistados los que les quiten el sueño; sí, en cambio, les deja un tanto insatisfechos la consideración de que hasta bien reciente no encontraron la fórmula que les permitiese una total dedicación, que les posibilite realizar una auténtica obra pictórica.

¿Y cómo hacerlo? Son cincuenta familias, hoy a su cargo, y en las que hay que pensar... son esas "pequeñeces" del envío extraviado o recibido en mal estado... la letra devuelta... los mil y un problemas —ridículos en su mayoría— que originan el papeleo administrativo. "No nacimos para esto", les oí decir infinidad de veces a los dos. Y yo les creo. Les comprendo perfectamente. Ellos quisieran, desearían estar al margen de la "máquina", que es la empresa. Realmente ellos están muy por encima. Una sonata de Juan Sebastián Bach que nos trae el Hilo Musical hasta el estudio; un poema de Machado; una charla entre nosotros sobre éste o aquél pintor o escultor genial, les sitúa en su verdadera dimensión. Pero sucede que es casi siempre en estos momentos de plenitud íntima —muy pocos, por cierto— cuando suena el teléfono para conectarles la mayoría de las veces con el mundo del... mercado. Entonces ¡destino! con un silencioso, aunque no menos trágico derrumbamiento interior se desciende al ámbito de la materia, al campo donde se desarrolla la lucha constante por la vida; esa realidad siempre presente de la cual no podemos evadirnos aunque ello signifique, sobre todo en las personas acuñadas con inquietudes artísticas, una de las más desagradables servidumbres.

DOS HERMANOS GEMELOS

Nacieron estos artistas en un hogar de la calle Sánchez Barcaiztegui, en Madrid, el año 1928. Vinieron juntos al mundo como juntos habían permanecido en el vientre materno, y juntos también habrían de continuar al unísono, marcados por el mismo ideal, pisando los mismos derroteros. Otro de sus hermanos, cinco años mayor, compartiría con ellos también las mismas inquietudes estéticas; pero este muchacho, Angel, moriría joven aun tras larga enfermedad.

Aparte sus padres, Gregorio y Angeles, y de los tres hermanos artistas: Angel Manuel y Vicente, otros tres hermanos más completaban el hogar Sánchez Algora; Pilar, Teresa y Gregorio, este último, el más pequeño de la familia. Muchas bocas para el exiguo jornal de un pintor industrial en aquellas épocas difíciles, cuando ni siquiera el trabajo seguro estaba diariamente garantizado.

Los primeros recuerdos de Manuel y Vicente Sánchez Algora, los sitúan viviendo en la calle de Méndez Alvaro,

frente a la Estación del Mediodía. La madre, continuamente lavando en una vivienda de muy largo corredor. Con el padre, que normalmente, y cuando había trabajo, permanecía alejado del hogar hasta bien entrada la noche, eran muy frecuentes los paseos al Retiro, al Jardín Botánico, al Museo del Prado y la Cuesta de Moyano, donde escudriñan los volúmenes viejos y curiosos que pueden encontrarse en esa permanente feria del libro madrileña.

Es aquí donde ellos creen comenzó el despertar de un sentimiento especial hacia el mundo de la cultura y de las artes. ¿Acaso era su padre uno de esos artistas jamás revelados? ¿Existía en aquellas frecuentes visitas a los lugares del arte y la cultura en compañía de sus hijos, un íntimo secreto de frustración? Por lo menos, y sin lugar a dudas, si era un buen imitador de mármoles y piedras de todo tipo, en sus habituales trabajos de "brocha gorda".

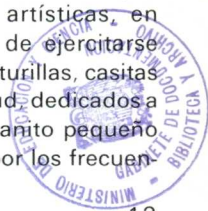
Dentro del hogar familiar, Angel, el mayor, deslumbraba a todos con sus cuadernos colegiales, profusamente adornados con orlas y abundancia exuberante de grecas y otros motivos decorativos. Estos trabajos eran realizados frecuentemente por el muchacho en las veladas nocturnas a la escasa luz de un quinqué, mientras la madre cuidaba de sus ropas blancas, y en el cercano hornillo de carbón bullía mientras tanto el modesto hervido para la cena.

Los años de la guerra fraccionaron la familia, marchando hacia la región valenciana —concretamente al pueblo de Sollana, situado entre Cullera y Valencia—, los hermanos Vicente, Manuel, Teresa y Pilar, donde fueron repartidos entre varios hogares de labradores, quedándose en Madrid el resto de la familia. Allí, los pequeños compartían su tiempo entre el colegio y su vocación desbordante hacia el dibujo, representando árboles, casas y calles, e incluso láminas de todos los libros que caían en sus manos. Esta decidida pasión por

el dibujo — que jamás habría de abandonarles en el resto de sus vidas—, deberían los chiquillos ejercitarla con sumo cuidado dentro de las horas escolares, pues tenían bien presentes la dura experiencia de Madrid, donde a causa de ésto recibieron más de un palmetazo de parte de sus maestros... “por perder el tiempo”.

DOLOR Y MISERIA

A los diez años se trasladan a Ocaña donde vino a reunírseles su madre con el resto de los hermanos, excepto Angel, quien quedó en Madrid para ayudar a su padre. Manuel y Vicente tienen muy presente aquel viaje terriblemente accidentado que comenzó en un carro hasta Almusafels. Desde allí en un tren de mercancías mezclados con chatarra y otros residuos bélicos, hasta un lugar que no pueden precisar donde fueron trasladados a otro ferrocarril, dedicado éste al transporte de animales, siempre de noche, para con ello evitar la aviación. De este mercancías pasaron a otro no mucho más decente “pero donde ya existían puertas de entrada y asientos para las personas”. Así hasta alcanzar Aranjuez y en un nuevo tren, mejor acondicionado, alcanzaron Ocaña. Una vez en este pueblo fueron instalados en una cueva de las numerosas allí existentes perteneciente a uno de los familiares de su padre, hasta que, poco tiempo después, pudieron trasladarse a una casita ya mejor dotada. Como quiera que los juegos infantiles de Manuel y Vicente se inclinaban siempre hacia el desarrollo de sus facultades artísticas, en aquellas fechas tuvieron la ocurrencia de ejercitarse fabricando por las noches, caballos, esculturillas, casitas y otros juguetes que pintaban con pulcritud, dedicados a alegrar las mañanas siguientes del hermanito pequeño Gregorio, constantemente atemorizado por los frecuen-



tes bombardeos. Allí también hubieron de fregar platos y cacerolas sin fin en los destacamentos de soldados italianos para recibir a cambio un plato de rancho, más o menos abundante, que les servía de alimento. Cosa curiosa es que de éste rancho tan crúdamente ganado, ellos aún ofrecían una parte a los soldados que llegaban hambrientos y derrotados huyendo del frente. Acostumbraban igualmente a rondar por los bares del pueblo con afán de obtener de los soldados más afortunados algún tabaco que poder ofrecerle a su padre, una vez regresado a Madrid.

Cuando esto sucede, al final de la contienda, la vida se les presenta muy dura en la gran ciudad semidestruida. Ellos se ven obligados a soportar largas colas para poder obtener los escasos alimentos a que tenían acceso. Colas ante la panadería... ¡y que pan, Dios mío! Colas ante los comercios... ante Auxilio Social. Esas colas interminables donde había que permanecer por largas horas y que ellos saben aprovechar sacando un block y sus carbonillos, y dejando plasmado en el papel magistralmente los gestos y las actitudes más expresivas de los tipos humanos que componían aquellas estampas verdaderamente trágicas, pero para los muchachos, imbuídas de una gran riqueza plástica. Vistos hoy aquellos dibujos y apuntes; contemplándolos detenidamente, huelgan todas cuantas descripciones puedan hacerse sobre el dolor y la miseria de aquellos años. Voceros de una etapa histórica a pesar de sus pocos años, y a semejanza de aquel que en épocas pretéritas, y en circunstancias parecidas, tomase para sí el papel de ilustre testigo, don Francisco de Goya y Lucientes, "inventor del madrileñismo envuelto en los calandrajos de la angustia". Esta tarea diaria de las colas la comparten con la escuela, cuando pueden. En el colegio su continúa dedicación al dibujo les hace olvidar peligrosamente las otras disciplinas. Aprovechan cualquier fiesta o período de vacacio-

nes para marchar al Casón del Retiro donde un día descubrieron, durante una visita con su padre, que se podía dibujar estatuas del natural. Y fue por entonces también que, para completar la obra paterna los dos chiquillos se atrevieron a pintar ya tres o cuatro metros de un muro en un bar, con escenas alusivas al vino.

Las calles de Madrid, con el cual se sienten plenamente identificados, — esa ciudad que es “una España dentro de España” —, como alguien escribió, y que ellos al descubrirla en sus piedras más venerables, comienzan a sentir como algo entrañable, que va formando parte de su propio ser van quedando plasmadas en sus blocks de dibujo, siempre bajo el brazo. Plaza de la Villa, con su Torre de los Lujanes que atestigua las glorias del siglo XVI, recordando entre otras cosas, Pavía... y la famosa presión de Francisco I, de Francia; aquel rey cuya cautividad en nuestro suelo no fue celebrada por el pueblo madrileño a causa del mandato generoso de Carlos V, su enemigo: “no se haga nada que humille al Monarca”... nada de esto saben entonces los dos chiquillos... pero lo adivinan...

El Arco de Cuchilleros, otro buen rincón para el arte y la fantasía; una de las varias entradas a la majestuosa Plaza Mayor, estrechamente unido a la tradición y novelística madrileña, y donde la imaginación popular ha situado innumerables lances de honor, aventuras amorosas, escondrijo de delincuentes y bandoleros por esas cuevas laberínticas que bajo él se extienden, y otras clases de trapicheos con fuerte sabor a romance picaresco. Y a esa “historia de piedra” — como alguien la llamó — que es la Plaza Mayor, centro en un tiempo de toda la ciudad, que presenció los fastos de la Corte, y donde se celebraban los juegos de caña, fiestas de toros, autos de fe, mascaradas y autos sacramentales. Hermoso conjunto encuadrado por cuatro torres, cuatrocientos balcones voladizos y unos altísimos soportales sobre los

cuales se paseaba a caballo... Todo esto es Madrid; todo esto y muchas cosas más. Ese Madrid que "no se explica, y que sin él, nada se explica de España" ¿Hablar de Madrid? "No cabe el mar en un dedal".

Todas estas reflexiones que yo cito textualmente sacadas de aquí y de allá, no son ni más ni menos que la traducción fiel del calor y la pasión con la cual los hermanos Algora me han hablado de la ciudad —su ciudad—, a mi, reciente advenedizo, en nuestras innumerables confidencias. Fue el Madrid que ellos sintieron palpar en sus venas ya desde sus primeros años y que reflejaron por entonces en sus innumerables dibujos ejecutados con espontaneidad y caluroso entusiasmo. Pero, ¡ay!, precisamente cuando ellos comenzaron a descubrir y sentir a ese Madrid del cual no se ausentarían jamás, —por pura identificación—, lo hicieron en circunstancias bien lamentables; Madrid —su Madrid— estaba herido de muerte, desgarrado en cuerpo y alma. Encuentran ruinas por todas partes, y pintan esas ruinas; y pintando... reflexionan, mientras sus almas de niños van siendo rudamente marcadas al contacto con la destrucción y la muerte.

POR EL CAMINO DEL ARTE

A los once años abandonan el colegio e ingresan en la Escuela de Cerámica de la calle Cartagena donde modelan y efectúan algunos trabajos relacionados con la cerámica, recibiendo así las primeras enseñanzas por parte de profesores entre los cuales se encontraban don Jacinto Alcántara, el acuarelista señor Moreno, el escultor Cruz Collado, etc. Las tardes, hasta entonces dedicadas a recorrer calles de la ciudad en la búsqueda constante del rincón adecuado, van a ser empleadas desde ahora en la Escuela de Artes y Oficios donde

ingresan después de sufrir un exámen en que los profesores, con bastante manga ancha, tuvieron únicamente en cuenta la excelente calidad de los ejercicios artísticos a los cuales fueron sometidos, acusando no poca benevolencia en todo lo referente al resto de las disciplinas exigidas... Allí dicen ellos, "nos alientan, se aperciben de nuestra afición, y se toman un gran interés por nosotros, profesores nunca después olvidados como don Ignacio Pinazo, escultor; don Juan Francés y otros. Allí también obtuvimos las notas máxima otorgadas". Sus recuerdos para la Escuela de Cerámica no es tan grato. El ingreso allí fue más bien motivado por el rumor que entonces corría entre los alumnos de que a cada uno de ellos se les abonarían seis pesetas diarias, lo que en aquellos tiempos de verdadera penuria significaba una valiosa aportación al exiguo presupuesto familiar. Pasado algún tiempo y defraudados tanto en el asunto económico — las seis pesetas nunca llegaron — como en el artístico (de bien escaso interés según ellos), abandonan esta escuela.

Fue por entonces que Angel tiene que alejarse de toda actividad laboral a causa de lo precario de su estado de salud, y Vicente decide ocupar el puesto dejado vacante por su hermano, de pintar carteleras para un cine. El muchacho recorre cada día a pie el camino desde Ventas hasta pasado Delicias para ganar seis pesetas que religiosamente entrega a su madre; una dura ocupación para un chiquillo de once años, mientras sus compañeros asisten a la escuela, juegan a la guerra (lo cual entonces estaba de moda), o corrían tras una pelota por las calles y plazas de su barrio. Pero es aquí donde se apercibe ya ese gran sentido de responsabilidad y hombría de bien que siempre caracterizó a los hermanos Algora, niños u hombres después.

A los trece años, expoleados por la necesidad de ayudar más eficazmente al hogar, deciden colocarse,

Manolo como tallista en maderas y Vicente de tapicero; más en unas condiciones bastante precarias, puesto que ambos muchachos ingresaron sin sueldo alguno en espera de aprender algo útil hasta los catorce años en que serían ya de alguna manera retribuidos por su labor. Pero es obvio que esta situación no podía encajar en el temperamento de Manuel y Vicente, aguijoneados por el deseo de ser más que un buen tapicero y un buen tallista. Es verdad que las condiciones económicas de su casa requerían de ellos un sacrificio, pero no lo era menos que ambos tenían ya verdadera conciencia de cual habría de ser el camino a seguir, y cualquier cosa que entorpeciese su marcha adelante tenía que ser imperativamente desechada, y a costa de todo. Manolo, pues, no puede soportar la renuncia que ésta dedicación al taller de maderas talladas le exige, y abandona. Son días de lucha y desasosiego para el muchacho, que Vicente comprenderá mejor que nadie, y tratará de remediar en la primera ocasión, la cual no se hará esperar demasiado.

Pasando un día por la calle del Dr. Cortezo vio como unos pintores realizaban las carteleras alusivas a la película en programa, y les preguntó si necesitaban a alguien como ayudante. Vicente corre a su hermano y le dice: "Tengo una ocupación para tí; preséntate en tal sitio y a tal hora haciéndote pasar por mí". Al día siguiente se presenta Manolo sin que nadie advierta el cambio en las personas, — cosa muy frecuente entre ellos —, y comienza sin dificultad su nuevo trabajo, entusiasmado ante la posibilidad de ocuparse en su verdadera vocación. Pasados los años, Manuel S. Algora recordará aquella época de su vida con verdadera nostalgia en los siguientes términos: "Fue esta una experiencia singularmente interesante para mí. Me gusta recordar esta etapa de mi vida, rayando más o menos los catorce años, cuando sin ganar una sola

peseta me entregué por entero a un trabajo y a una manera de vivir que me fueron totalmente satisfactorias. Fue una mañana cuando, de acuerdo con la indicación de mi hermano Vicente me presenté en el domicilio del pintor Fermín Sánchez Cantos. En el momento de mi presentación, seguramente él debería tener algún recado urgente a efectuar, y sin prestarme demasiada atención, y quizá para entretenerme mientras el estuviera ausente, me hizo copiar del natural y al temple, sobre papel, un bodegón consistente en un azucarero chino, una cucharilla y una caja de cerillas. Yo me entregué entusiasmado a esta tarea pensando en que aquello quizá podría significar un examen decisivo para mi suerte ante la nueva colocación. Más o menos a mediodía regresó el pintor, y una vez contemplado mi trabajo me reveló que de no estar seguro de que solamente yo había quedado en la casa, le hubiera costado creer en la autenticidad de mi obra. Me dio unas palmadas en la espalda y entusiasmado me dijo: ¡adelante! Fueron estas palabras quizá el mejor premio que he recibido en todo el resto de mi existencia. Aquel dibujo lo conservo aún como un verdadero relicario''.

Con aquella experiencia positiva en casa del pintor Fermín Sánchez Cantos, Manolo se siente admitido, y por lo tanto, feliz y pletórico de entusiasmo. Cada mañana a las nueve se presenta en el domicilio del artista para desde allí partir juntos hacia el cine Ideal donde tenían instalado el taller de decorados. Por el camino y en un bar que ya les era familiar, tomaban café con churros; un sólo café y una sola ración de la popular fritura que se reparten religiosamente como buenos camaradas. Una vez terminada su labor en la mencionada sala de cine que les ocupaba más o menos la mitad del día, Manolo S. Algora y su maestro dan riendas sueltas a su verdadera vocación, lanzándose por las calles del viejo Madrid de los Austrias, buscando

siempre los rincones más repletos de autenticidad; aquellos donde se advertían más patente la pátina de los años, de los siglos... calle del Rollo, del Pino; calle de Segovia, plaza de la Villa, Mayor... Manuel y su maestro una vez inmersos por las callejuelas más vetustas y estrechas las sienten así: "Ruidosas, animadas, hervidero de esos singulares ejemplares humanos que llenan las páginas de las novelas ejemplares o picarescas y las escenas de teatro de Capa y Espada. A todas las horas pululaban por ellas el soldado licenciado de los tercios, desencantado y melancólico, y el recién alistado, fanfarrón y perdonavidas; el aguador y la moza del cántaro, el barbero y el sangrador, el ciego de los romances y el buhonero ambulante, la trotaconventos y el corchete, la daifa jacarandosa y el esbirro del Santo Oficio, los lindos dondiegos y las damas bobas, las gitanas y los cocheros, el hidalgo presuntuoso en ayunas y el falso tullido o ulceroso explotador de la caridad, la turba de forasteros: italianos, flamencos, portugueses; los indianos, con su lujo improvisado y sus criados indios o negros... Corte de un gran Imperio, pero también de los milagros y patio de Monipodio, se codeaba en sus callejas la santidad y el vicio, la virtud y el pecado, la vida y la muerte cuando pasaban los entierros con sus largas comitivas enlutadas plañideras... (1).

"Mi maestro —dice Manolo— no era ni ciego ni inválido, pero yo era para él como una especie de lazarillo, de hijo, de amigo, de qué se yo. Mil veces me contó su vida, sus ilusiones, sus frustraciones... todo aquello que un hombre necesita decir en voz alta, quizá no tanto para que le escuchen como para oírse a sí mismo. A mis catorce años era evidente la imposibilidad de un verdadero diálogo. Aquello era un monólogo; yo

(1) "El Madrid de cuatro siglos", Publicaciones Españolas.

comprendo mejor ahora que entonces las reflexiones de aquel gran hombre ante el chiquillo que yo era. ¡Cuanta nobleza de alma! ¡Qué mundo más fascinante el suyo, mientras las condiciones humanas que le rodeaban se emparentaban tan estrechamente con la miseria... El era un hombre rico, inmensamente rico en todo aquello que jamás ha podido adquirirse con dinero!". Manolo no ha podido evitar nunca la exaltación cada vez que nuestra charla de hoy ha evocado aquella fértil etapa de su joven existencia. "Aquel maestro fue como una ventana ámpliamente abierta por donde yo divisé los primeros grandes horizontes", me dice. "Fue de él que yo aprendí a ver las cosas con amplitud, con magnanimidad, desechando toda clase de planteamientos estrechos y miópes. La gama de coloridos con los cuales se teñía su paleta interior resultaba exuberante: colores pardos y fríos, cálidos y brillantes a la vez. Un volcán en continua erupción. Un hombre de estatura superior, en suma, que vivía en plenitud la existencia de las almas distintas".

Fermín Sánchez Cantos da a Manolo S. Algora el encargo de pedir a su padre una cita para charlar con él. El muchacho se inquieta y efectúa temeroso un examen de conciencia pensando en si quizá habría tenido algún fallo desagradable. La entrevista se realiza y Manolo supo después de qué tema se había tratado. El maestro vino a plantear al señor Gregorio Sánchez el dilema siguiente, más o menos, en estos términos: su hijo vale y tiene futuro en el mundo del arte, pero yo no le puedo pagar. Me sería imposible negarle que sentiría una inmensa pena viéndole marchar. La respuesta del Sr. Gregorio fue verdaderamente ejemplar, y Manolo hoy día la recuerda con un verdadero sentimiento de agradecimiento hacia su progenitor, teniendo en cuenta el sacrificio que ello significaba para la economía familiar: "si mi hijo está de acuerdo, y ese es su camino,

puede continuar con usted''. Manolo se siente feliz. El vivía en verdadera plenitud y su padre le respaldaba. Así, pues, continuó por algún tiempo aún al lado del singular maestro.

PRIMERAS OPORTUNIDADES

Mientras tanto, Vicente tiene conocimiento de la inauguración de la Fundación del Generalísimo en un viejo palacio de la calle Velázquez, donde se necesitaban chicos mayores de catorce años para efectuar dibujos dedicados a la fabricación de alfombras. Se presenta decidido los días antes de cumplir la edad reglamentaria y obtuvo un puesto que le sería remunerado con 90 pesetas mensuales, lo que representaba para él en aquellos precarios momentos, un verdadero capital. Cuando ahora recuerda estos episodios trascendentales, Vicente me ha confesado que su madre lloró el día en que él, orgulloso, le entregó su primera paga. "En la Fundación —dice Vicente con una cierta nostalgia— conocí a un pintor llamado Casilda, que influyó en mí de una manera positiva, y con el cual entablé una amistad sincera e inalterable hasta el día de hoy. Allí comencé haciendo "petit pois" / puntos pequeños/ sobre metros indefinidos de una especie de arpillera donde las chicas bordarían después. Recuerdo que burlando toda vigilancia, yo tenía un papel bajo aquel tejido, el cual levantaba cuando podía para dibujar sobre él cuanto se me ocurría espontáneamente".

Los dos hermanos se encuentran por la tarde en Artes y Oficios y se cuentan sus cosas respectivas. Allí fueron populares y dejaron un historial limpio y brillante, acaparando los primeros premios y diplomas, siendo frecuentemente galardonados con viajes a provincias. Durante su estancia en esta escuela se organizó un

concurso consistente en dibujar una figura del natural (vestida), cuyo premio era una excursión a Toledo. "Fue un día extraordinario, dirá mucho después Vicente. Creyéndome un hombrecito y en el restaurante donde comíamos yo bebí algo más de lo necesario. Entonces, en medio de aquella euforia, me atreví a dibujar al director sin que el mismo se apercibiese de ello, quien viendo después el dibujo, y sorprendido de su realismo, se interesó por mí y le fui presentado". Vicente se vio felicitado públicamente y recompensado con un obsequio en metálico que posiblemente haya constituido el galardón máspreciado de toda su existencia.

Hubo un momento en que Vicente S. Algora, que ya había sentado raíces en la Fundación cae enfermo y es obligado por los médicos a marchar a un pueblecito de Guadalajara. Antes de partir recomienda a su hermano para que éste ocupe su lugar vacante, lo cual se efectúa, no sin pena por parte de éste, al verse obligado a abandonar a su querido y admirado maestro Fermín Sánchez Cantos. De todas maneras, su apartamiento del pintor —creía él— sería púramente provisional, con lo cual se equivocaba, puesto que una vez Vicente restablecido, a Manolo se le ofrece conservar su plaza y decidió permanecer, ilusionado también ante la posibilidad de trabajar junto a su hermano. Esto no duraría mucho; un nuevo complejo de la Fundación comienza a funcionar en su actual emplazamiento de la carretera de El Pardo, y Manuel, encontrando más interesante el trabajo que allí se le ofrece, desde el punto de vista artístico y económico —un salario mayor—, decide trasladarse a las nuevas instalaciones, concretamente a la sección de porcelanas, organizada bajo la tutela de dos técnicos franceses, quienes contribuyeron decididamente a dar un auge a esta actividad que, en aquellos momentos, estaba en franca

decadencia. El muchacho no sabía que con este paso marcaba de una manera decisiva el rumbo de su vida. Vicente, por aquel tiempo, también intentó lo mismo atraído igualmente por aquellas mejoras económicas que le permitían, al mismo tiempo permanecer siempre dentro del quehacer artístico; no obstante, después de varios días de pruebas, aprovechando unas vacaciones, abandona convencido de que la cerámica no era la meta que se había propuesto, con lo cual regresó a su taller de dibujo destinado a las alfombras de la calle de Velázquez.

Los dos hermanos toman la decisión de abandonar la Escuela de Artes y Oficios para dedicar desde ahora sus tardes al Círculo de Bellas Artes, donde sin profesor alguno encuentran una total libertad de expresión e interpretación, mezclados jóvenes artistas, buenos o peores, pero todos enriquecidos con una gran calidad humana y repletos de entusiasmo. Allí conocieron a Juan de Avalos, a Juan Cristóbal, Rafael Seco, Uría Monzón, Salgado, Mozos, Bermejo, Julián del Ojo, Planes (hijo), Alcorlo, Pablo Núñez, Marín, etc. Aquí, entre otros muchos actos, se organizaban concursos con el fin de conseguir becas para efectuar estudios gratuitos, las cuales fueron siempre ganadas por los hermanos Algora a base del tesón y el esfuerzo que ello suponía. Manuel y Vicente recuerdan como llegaban sudando a las clases después de haberse subido trotando los nueve o diez pisos que habrían de escalar hasta alcanzar aquel donde se efectuaban los ejercicios (los ascensores no funcionaban entonces por falta de energía eléctrica).

Aparte del Círculo de Bellas Artes, comienzan a frecuentar también una especie de peña que se reunía en el estudio de Juan Cristóbal, o en el domicilio de Joaquín Mendez, capitaneada por Zugazaga, cronista en aquellas fechas del "Diario de Burgos". Participaban también en esta peña, además de los más arriba

mencionados, el escultor Juan Cruz, Antonio Viana (pintor fallecido en Argentina) y Leopoldo Suárez, destacando para los hermanos Algora entre los agradables recuerdos de aquellas tertulias, su toma de contacto en ellas con Millán Astray y otras figuras de relieve nacional entonces. Allí se hacían ensayos de poesías y se escuchaba música. Allí también nació una editorial de novelas cortas en las que Manuel participaba como ilustrador de las mismas, revelándose en este trabajo como un verdadero valor que otras empresas editoriales reconocieron, y que vino a traducirse en la ilustración de cuantos completos y otras publicaciones (entre ellas la revista "Trampolín"). Era más que otra cosa, el afán de crear lo que les impulsaba a estas actividades de las cuales obtenían, sobre todo una gran satisfacción.

Todos los días, una vez acabadas las clases en el Círculo, o abandonada la peña mencionada, los muchachos toman el rumbo de la calle de Alcalá, "la calle guapa" para los madrileños y ellos — que lo son de pura cepa — sienten un especial cariño para esta larguísima arteria, en origen, humilde camino; posteriormente, carretera hacia Aragón, hasta convertirse en camino real y después calle de Alcalá, la cual fue poblándose durante siglos, y a partir de la Puerta del Sol, de casas, de palacios, iglesias "cuando Madrid crecía a pasos de andadura, y no a la velocidad del motor". Alguien ha dicho que "la historia de España, pasa en buena parte por la calle de Alcalá". Eran estos unos paseos inolvidables, donde cada uno iba despidiéndose en la encrucijada oportuna camino de sus respectivos hogares. Manuel y Vicente caminan todavía hasta Ventas, y llegados a su casa, los dos hermanos esperan a que la familia se retire a descansar para entonces convertir la cocina en un auténtico estudio. En esta pieza, de unos dos por tres metros, ellos

dibujan hasta caer rendidos bien entrada la madrugada: un reducido espacio donde todavía, mientras los otros descansan, ellos velan... y de jan libremente volar a su imaginación creadora. Hasta entonces no ha habido ni siquiera la posibilidad de pensar en un verdadero estudio adecuado, pero ellos ya lo sueñan; les va resultando ser una necesidad imperiosa para su natural expansión.

Una de estas noches, al regresar a su casa, encuentra Manolo una carta dirigida a él personalmente donde se le ofrece un trabajo como ceramista, con grandes ventajas económicas y mejores perspectivas artísticas. Se le apunta una dirección y se le señala una cita. Manuel va y acepta el ofrecimiento que resulta sumamente ventajoso, pero cual no sería su sorpresa al comprobar poco después que tras aquel tinglado se encontraban sus profesores de la Fundación como promotores y verdaderos pilares de la naciente empresa. Comprendió la estratagema, pero aceptó el asunto gustoso sabiendo que ello significaba un paso más en la mejora de lo económico, y sobre todo, el comienzo hacia el logro de una personal realización. Tira Manolo de su hermano mayor, Angel, e incita a Vicente a imitarles, lo cual consigue estimulado también éste último por el incentivo económico que ello representaba, y al mismo tiempo, por ofrecérsele la oportunidad de evadirse de aquel trabajo ya bastante monótono de efectuar pequeños puntos en los tejidos dedicados a las alfombras. En el nuevo taller entraron en contacto con artistas de renombre, como José Frau, Primera Medalla de las Exposiciones de Bellas Artes, y Venancio Blanco, revelado posteriormente como un gran escultor. Estas relaciones les incitan y estimulan en su afán de superación constante. El amor por el arte y sus figuras más representativas les lleva incluso a ejercitar la práctica de coleccionar sus autógrafos, para lo cual

visitan las exposiciones que protagonizan estos maestros, y llegan hasta a dirigirse a sus domicilios privados en estos propósitos. Así consiguen el de Vázquez Díaz, Chicharro, Benedicto, Sáez de Tejada, Benlliure (a quien visitaron en su propio estudio ya en sus últimos años de vida) y muchos otros.

La atención y el tiempo requeridos en su nueva vida del taller de cerámica comienza a acapararles todo el tiempo necesario al desarrollo de otras actividades igualmente artísticas; no obstante, ellos consiguen encontrar la manera de participar en los concursos entonces organizados por la Dirección General de Marruecos y Colonias, con vistas a la selección de sellos de correos, en cuyas convocatorias periódicas obtuvieron un buen palmarés de modelos premiados y editados. También, y en el mismo sentido, colaboraron frecuentemente con la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, pudiéndose afirmar sin rodeos, que no pocos de los ejemplares de sellos y billetes de lotería realizados para la entidad por los hermanos Algora fueron verdaderas obras de arte.

Por entonces también conocieron a un restaurador y dorador llamado Rafael Canal, "andaluz rebotante de gracia y rico en saber", dirá Manolo. Este señor, teniendo conocimiento de las dificultades que encontraban ambos hermanos a la hora de disponer de un lugar adecuado para entregarse a la pintura y el dibujo, les invita a frecuentar su taller situado en pleno Rastro, donde ellos encuentran, además de espacio suficiente, y un buen ambiente, todas las facilidades. Es aquí donde toman contactos directos con ese trozo de Madrid, verdadera "ruina mercantil" — como le llamaría alguien — "donde los objetos familiares aparecen en la macabra postura de ajusticiados", y al cual Raul Chavarrí describiría en los términos siguientes: "Utilizado por el sainete que ha dado de él una falsa idea

cómica, disimulado por una aparente alegría, que es una de las constantes de la cultura de la pobreza española, el Rastro es el escenario en el que una tenaz laboriosidad volcada al comercio o a la restauración, permite el acceso de algunos a un buen pesar e incluso a una relativa fortuna; es también uno de los lugares de España de más desenfrenado mestizaje, en donde el marchante gallego, el gitano, e incluso el proselitista musulmán o indostánico, buscan su sitio en unos fieros extractos de competencia, en los que nada se da y todo hay que obtenerlo en dura lucha.

Al margen de la estampa castiza y típica, propia del juguete cómico, el Rastro es el lugar al que muchos llegan cada mañana desde otros puntos de la ciudad sin saber si van a comer, ni cómo, ni de qué; y esta tragedia disimulada bajo un remiendo o una camisa limpia, bajo el saco del traperero o una descuidada indumentaria de retratista al minuto, disfrazada bajo la agudeza de una broma, o en el sueño de una quiniela, constituye el trasfondo del tópico, el reverso del lugar en el que se adquieren objetos baratos, se falsifican o se encuentran antigüedades, y el afán de muchos se identifica con el deseo común de obtener las pesetas de cada día."

Manuel y Vicente dejaron plasmados en multitud de dibujos y bocetos todo ese mundo abigarrado y heterogéneo de que habla Chávarri. En la actualidad, cuando en alguna ocasión organizamos un almuerzo entre amigos, teniendo como marco cualquiera de esas viejas tabernas, todavía con sabor al viejo Madrid, es frecuente el oírles decir indistintamente: "Aquí, en mis años de adolescente, dibujé yo a un tipo...".

En el taller del señor Canal los hermanos Algora realizan sus primeros lienzos al óleo. "Allí — dicen — pintamos el primer bodegón del natural". Estos lienzos, donde se refleja ya una gran fuerza, sobre todo en el dibujo, son conservados hoy por los hermanos Algora

con un especial cariño, por cuanto ello representan: Fue en este taller que hicieron conocimiento de don Serafín Villeu, hombre muy popular en el Rastro y buen acuarelista, con el cual se estableció una amistad fiel hasta hoy, cuando es él precisamente, quien se encarga cada año de organizar el simpático y tradicional "entierro de la sardina", de vieja raigambre madrileña a las puertas de la Cuaresma, para el cual se dan cita buenos amigos de siempre y artistas tales como Amezaga, Máximo de Pablo, Criado del Val, Rodero, Pedrós, amén de los hermanos Algora y otros.

Pero volviendo al taller de cerámica, pasado algún tiempo, las cosas allí no marchan demasiado bien. Son esas circunstancias especiales, generalmente comunes en todas las empresas donde existe mucha gente asociada, cada una de las cuales desea ver prevalecer su propio criterio. Los tres hermanos entonces, Angel, el mayor, Manuel y Vicente, y a causa de estos problemas internos, ven mermado su entusiasmo y entorpecida su labor; por lo cual, comienzan a sentirse molestos y deciden marcharse. Inician entonces una tentativa de trabajar en sociedad con otras personas estableciéndose para ello en una nave de la calle Francisco Navacerrada; más tampoco esta nueva situación durará mucho. La afición desbordante de los hermanos Algora, su entrega total en aras de la superación constante; su visión en óptica de artistas de aquello que para otro no significaba otra cosa sino una manera más de ganar dinero, y cuanto más mejor, acabó por convencerles de que difícilmente podría lograrse algo constructivo —en el sentido como ellos lo entendían— con otras personas, muy respetables y buenos amigos, pero diametralmente distintas a la hora de enjuiciar y plantear una labor donde el Arte (con mayúsculas), en opinión de Manolo y Vicente, debía, no solo estar presente, sino privar sobre toda otra clase de consideraciones.

Fue por entonces que Angel empeora de su enfermedad hasta el extremo de dejar de existir. Esto ocurría en el año 1951, cuando tenía 28 años; acontecimiento éste que ha quedado bien marcado en la memoria de estos dos hermanos quienes, a pesar de una notable diferencia en la edad, compartían con el primogénito todas las inquietudes, sufrimientos, sentimientos e ilusiones privativos a los verdaderos artistas. "Nuestro hermano — dirá Vicente — tenía un alma grande y limpia. Quizá a causa de esa enfermedad que en mayor o menor grado le acompañó casi toda su vida, fue excesivamente sensible a todo cuanto significase un sufrimiento en los demás. Era un apasionado con los suyos, especialmente, con nuestra madre, por lo cual sentía una verdadera adoración. Como artista se destacó siempre más como pintor que como dibujante, y más concretamente, como paisajista, Concurrió en varias ocasiones al Salón de Otoño, y no dudamos que hubiera escalado altas cimas de no haberse malogrado en plena juventud. Es bien cierto que su desaparición significó para nosotros entonces algo así como una auténtica mutilación".

Manuel y Vicente se encuentran, pues, solos, y totalmente responsables de su obra. Los dos se entregan de lleno a perfeccionar su trabajo en porcelana, para lo cual no conocen horas de descanso. Son días, semanas, meses, durante los cuales estas condiciones de dura e intensa labor les privará de cualquier otra clase de actividades. Se ven obligados a abandonar el Círculo de Bellas Artes, peñas, reuniones, aquellos paseos entrañables con otros no menos entrañables amigos, etc., en este decidido empeño de salir adelante. Y lo consiguen. En muy poco tiempo sus trabajos alcanzan un prestigio notable, entre los profesionales, que ven en sus piezas el sello de una marcada personalidad. Sus obras se ven muy solicitadas y ante el éxito despertado,

deciden preparar la primera exposición de porcelanas en la Sala Toison, y tras ésta, otra presentación de sus trabajos en una exposición colectiva e internacional en la República Argentina. Entonces descubren sorprendidos que algunos coleccionistas seguían la pista de sus piezas, muchas de las cuales reunían las características de ser únicas. Así fueron ejecutadas en aquellos tiempos maravillosas vajillas, bandejas, mosaicos, etc., tratadas con un cariño y esmero singular, fruto del entusiasmo creador y entrega total de quienes pretendían crear un objeto de arte en cada pieza salida de sus manos. Todo esto acentúa la demanda y objetivamente crece la responsabilidad. Manuel y Vicente que hasta ahora se habían limitado a decorar las piezas producidas en otros talleres, creen llegado el momento de fabricarlas ellos mismos de acuerdo con sus propios criterios. Esto requiere la búsqueda de otro local más espacioso y adecuado que encuentran en Carabanchel (una zona ya tradicional en esta clase de actividades), y la exigencia de un técnico en fórmulas cerámicas que por este tiempo ellos desconocen. Consiguen la colaboración de un hombre bien al corriente de estos asuntos quien les aporta una eficaz ayuda, al mismo tiempo que les trasmite una serie de conocimientos vitales que ellos asimilan, y enriquecerían después de su propia investigación personal. Instalan un horno de leña, de los llamados "de fuego invertido". Cuecen de noche para no llamar la atención de los vecinos, y "a ojo", lo que no deja de ser una verdadera proeza teniendo en cuenta que la temperatura alcanzaba los 1.300 grados. Tardan en cocer unas once horas y queman en cada cochura alrededor de 1.500 kilogramos de leña. Todo esto añadido a la creciente demanda de piezas "Algora", complica las cosas, y se hace necesaria la entrada de personal nuevo para trabajar en la empresa. Manuel y Vicente son conscientes de cuanto tiene de irreversible

el camino emprendido; y comienzan a comprender, no sin tristeza, todo cuanto ello habrá de suponerles en la renuncia de sus propias vidas, tan necesitadas de independencia y libertad en el plano artístico. Económicamente han progresado mucho, y aunque no conocen la abundancia, sí han desaparecido los tiempos de penuria; más ¿cual es, y habrá de ser, el precio a pagar por ellos?. Como les es imposible resignarse, después de trabajar intensivamente durante toda la jornada, deciden frecuentar nuevamente el Círculo de Bellas Artes, recinto venerado por ellos y cuna de sus mejores recuerdos; único eslabón que puede mantenerles en relación con ese mundo fascinante donde vibran las cuerdas más sensibles del acontecer artístico.

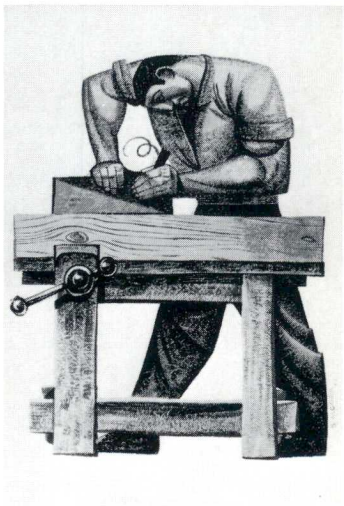
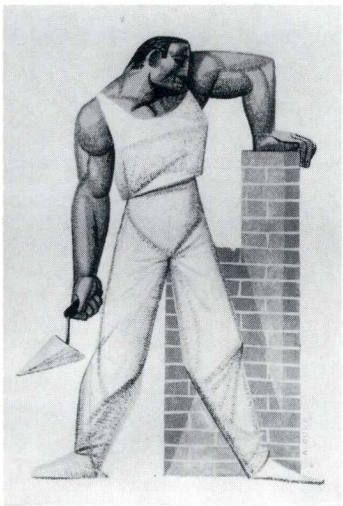
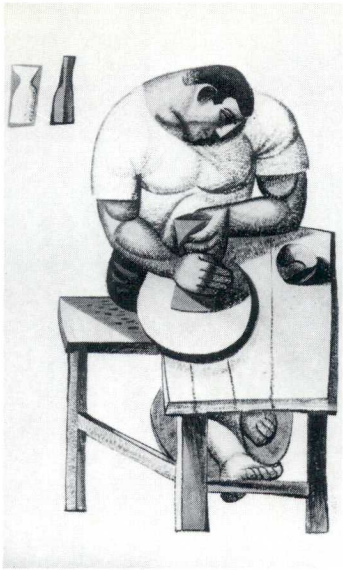
Pero el mismo éxito tenido en sus porcelanas hace que su nombre vaya haciéndose popular en el ámbito artístico madrileño: Así, se les encomienda la decoración de una sala de fiestas que realizan con piezas de chapa soldadas en gran tamaño, y un mural alusivo a la historia del cinematógrafo y teatro, esta vez con pinturas plásticas, sobre una superficie de 10 por 2 metros. Se les encarga también la realización de unas pinturas sobre los grandes muros de un comedor destinados a trabajadores, en Aluche, cuyos temas fueron alegóricos a diversas clases de oficios. Para la presidencia de esta sala, de muy grandes proporciones, se pintó un Cristo sobre una cruz, compuesta por tablones procedentes de un andamio, en los cuales se respetó todo accidente causado por la labor de albañilería a la cual habían sido anteriormente sometido, en aras de la autenticidad. Posteriormente son ellos también quienes reciben el encargo de realizar la decoración de otro comedor para ancianos, anexo a la Parroquia de San Roque, en Carabanchel. Pero aquí sucedió algo muy curioso y revelador; se prepara la maqueta y cuando ésta se



PORCELANA EN BISCUIT. GRUPO "ANATOLIA".

PORCELANA EN BISCUIT. GRUPO "CISNE".





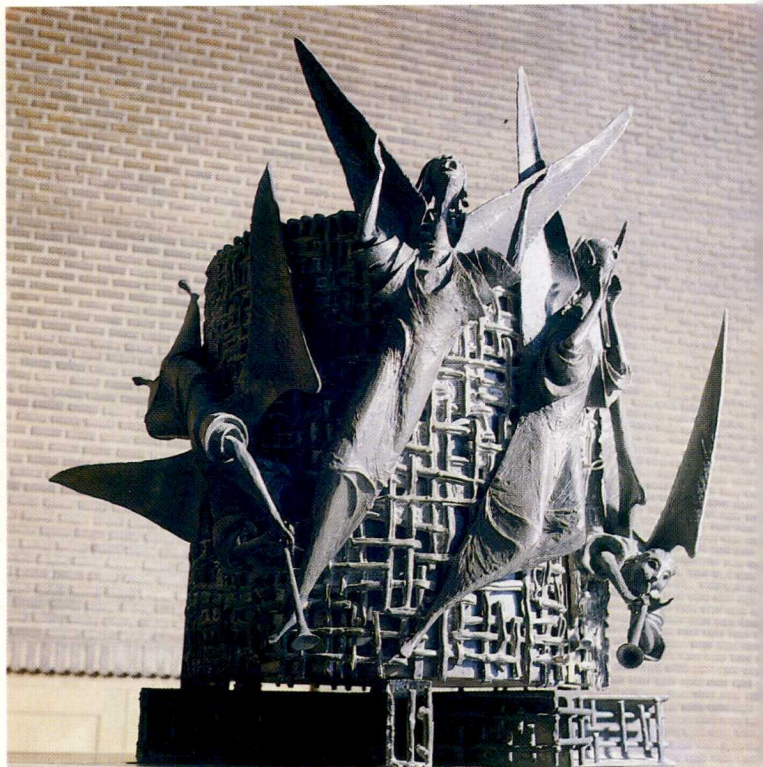
"OFICIOS" MURALES AL TEMPLO.



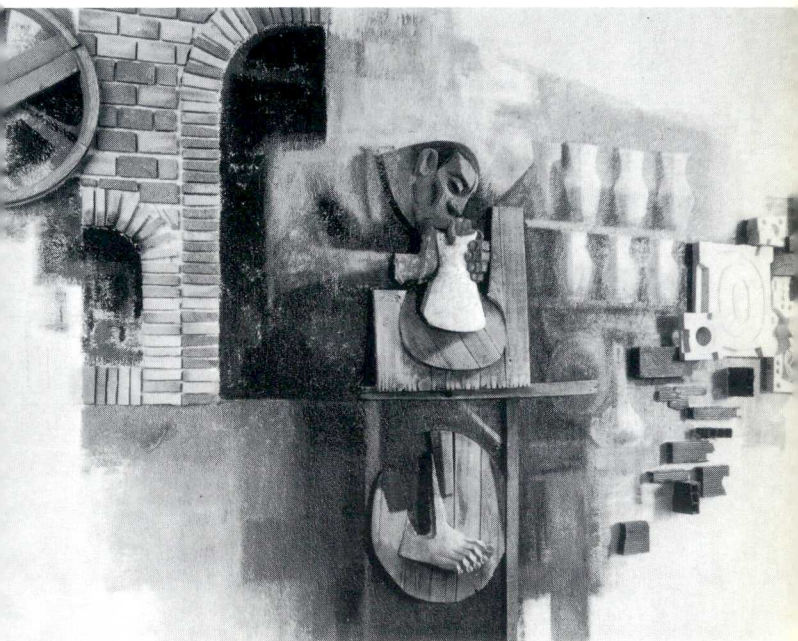
RETABLO "SAGRADA CENA". (Fragmento).



MURAL CERAMICO.



SAGRARIO (Bronze).

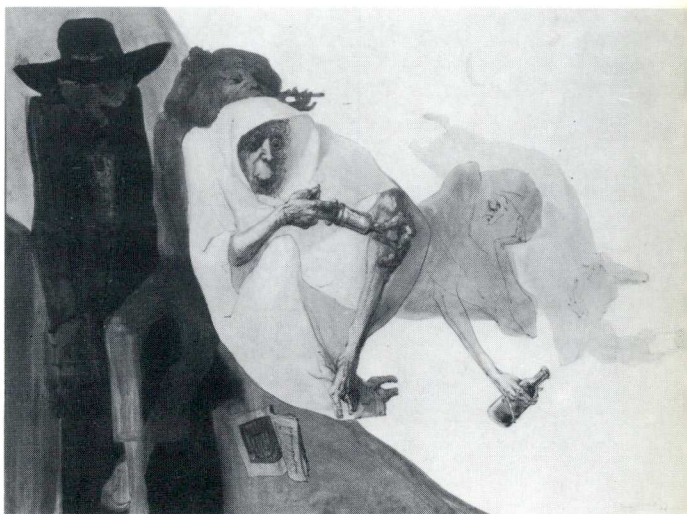
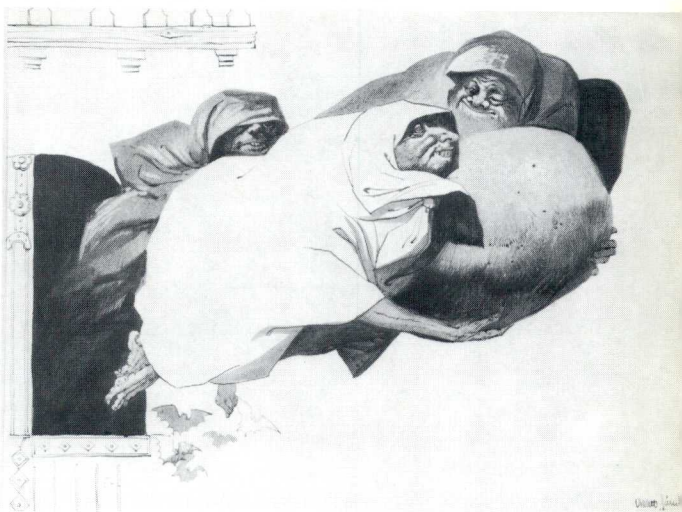


ALFARERO (Pintura, Madera y Cerámica).

MATERNIDAD (Oleo).



DIBUJOS "ENFERMEDAD DE NUESTRO TIEMPO".









"TAUROMAQUIA" (Dibujo).

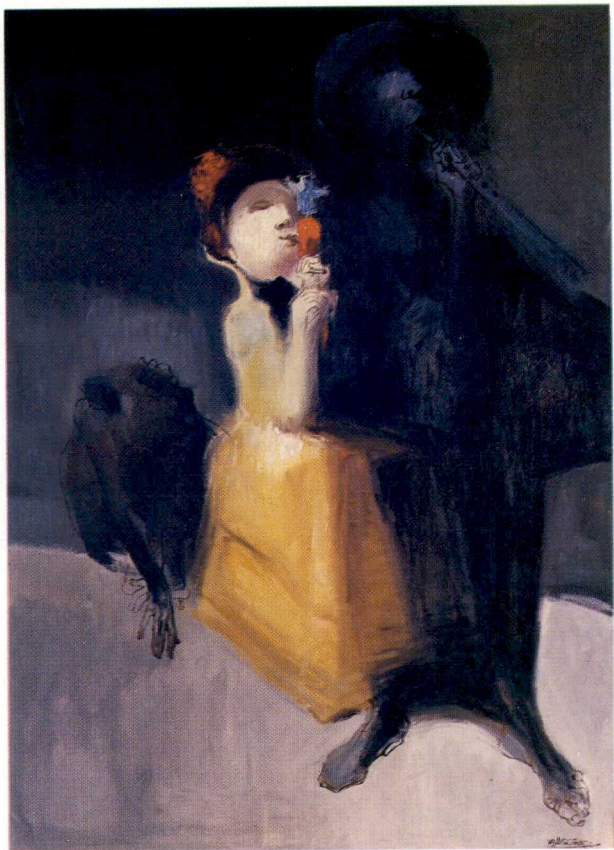




RETRATO (Oleo).



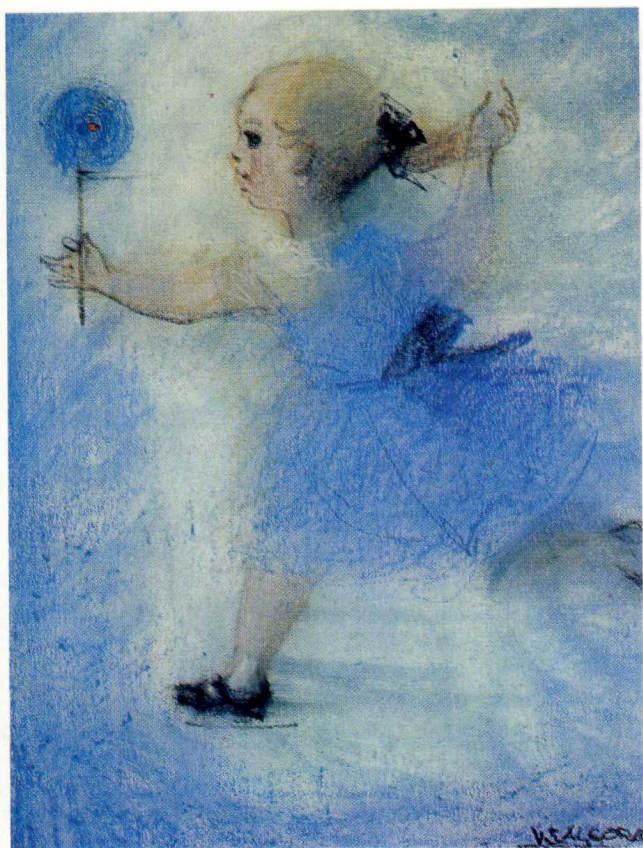
DIA DE FIESTA (Oleo).



DON NICANOR (Oleo).



"DIA DE ILUSION" (Oleo).



DIBUJO (Cera).

DIBUJO (Cera).



TOREROS (Oleo), Fragmento.





ESTUDIO (Oleo).

PORCELANAS (Platos Decorados).



MUSICOS (Oleo).





PINTURAS A LA CERA Y OLEO.





ALBARRACIN (Oleo).



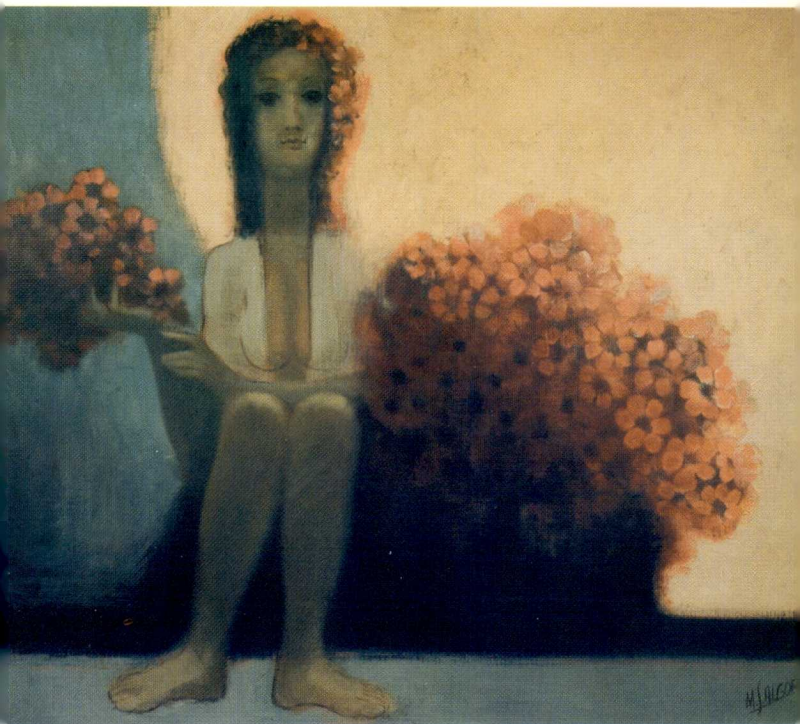
GRANDES ALMACENES (Dibujo).



CABEZUDOS DE TARRAGONA (Oleo).

TOREROS (Oleo).





VENDEDORA DE FLORES (Oleo).



CABEZUDOS DE TARRAGONA (Dibujo-Oleo).



APUNTE DE GUITARRISTA (Dibujo).



MI ESTUDIO (Oleo).

presenta a los responsables de aquella iglesia la consideran de tal importancia que deciden colocar el proyecto en el altar mayor del nuevo templo; esta obra — representación de la Sagrada Cena —, compuesta de trece figuras pintadas sobre tablas independientes, tiene una longitud de 14 metros por 2 y medio de altura, y fue tal el impacto causado por la belleza y magestuosidad del conjunto, que inmediatamente se les encarga la ejecución del Sagrario, el cual hubo de ser modelado directamente en la cera antes de pasarse a bronce, a causa de las exigencias del tiempo. En este cuerpo escultórico, la talla de los hermanos Algora también como escultores, alcanzó cotas muy poco comunes.

Toda esta labor paralela a sus actividades en el campo de la cerámica no les han hecho perder, ni mucho menos, el ritmo habitual en el taller; por el contrario, la gran capacidad de trabajo desarrollada por Manuel y Vicente, permite que al mismo tiempo que efectúan estas realizaciones, sus cerámicas comiencen a despertar interés en el Reino Unido, Alemania, Italia, Japón, Estados Unidos y Libia, en vista de lo cual organizan dos exposiciones, una en Alemania y otra en Italia, siendo, por entonces que algunas de sus piezas van a parar a un museo de la ciudad alemana de Nynphenburg, y en España, a los museos taurinos de Ibiza y Madrid. Mas o menos por aquellas fechas, exponen igualmente en el Círculo de Bellas Artes de la capital de España, cerámica, dibujos y pinturas.

Al paso de los años, llegado el momento oportuno, Manuel y Vicente Algora han ido organizando sus vidas privadas contrayendo matrimonios y fundando sus hogares respectivos. La empresa crece también y se extiende su prestigio. Los trabajos que en ella se realizan son considerados entre los mejores de nuestro país en su género, y esto obliga a los dos artistas a plantearse el

problema de montar unas modernas instalaciones, más acordes con las nuevas exigencias. Se construye en Móstoles un edificio estudiado al efecto, y se enriquece la colección de modelos con nuevas aportaciones de una gran calidad, todo lo cual significa, para Manuel y Vicente Algora una potenciación de sus ya grandes responsabilidades. Mas es ahora, a pesar de todo, cuando ellos se sienten resueltos a llevar a cabo sin titubeos aquello que siempre se vio entorpecido por las ataduras ya conocidas; el ejercicio de la pintura, pura y simple; y es que precisamente ahora, tienen a su favor que dentro de la plantilla de trabajadores existe hoy un núcleo mayoritario de personas, que por el hecho de haber sido formadas a su lado y con largos años ya de integración en el taller, se encuentran ya totalmente identificadas con su personalidad, lo cual les exime a ellos de una permanente estancia dentro de los locales de trabajo.

Ultimamente, pues, la presencia de los hermanos Algora entre los pintores actuales de calidad, va dejándose notar. Fueron ellos junto a otros artistas, como Fausto de Lima, Máximo de Pablo, Datas y Viola, quienes protagonizaron aquella simpática y curiosa anécdota, ampliamente divulgada por todos los medios informativos, sobre la decoración de una valla en la calle Velázquez; efímero trabajo, ejecutado en una noche y bajo la lluvia, con el mejor espíritu de colaboración y camaradería entre verdaderos artistas. Experiencia ésta muy grata para quienes supieron poner de manifiesto que cuantos sienten el arte de verdad siempre se les encuentra allí donde exista una creación espontánea. Sus óleos y dibujos, ya más frecuentes, y que ellos hasta ahora han tenido la costumbre de colgar sobre los muros tapizados donde se muestra la exposición permanente de porcelanas, instalada en sus talleres de Móstoles, desaparecen uno tras otros adquiridos — en su misma

cuna, podíamos decir— por los mismos clientes (siempre selectos), que se acercan hasta allí interesados en sus hoy famosas porcelanas.

Pero existen proyectos. Si es hora ya de plasmar en los lienzos —eliminando cuantos obstáculos se interpongan— todo ese caudal de riquezas internas hasta ahora, diríamos, retenidas, también lo es de procurar que ese mensaje salte a la calle, a la plaza pública, donde puede contribuir a enriquecer el panorama cultural artístico de nuestro mundo actual, más que nunca quizá necesitado de auténtica veracidad; esa misma "autenticidad" y "veracidad" que, como reflejo fiel de sus propias vidas, quedó siempre patente en toda la obra salida de las manos de Manuel y Vicente.

UNA EMPRESA COMUN

He recorrido una y otra vez, mil veces quizá, la ruta asfaltada y rutilante de Madrid a Móstoles, en compañía de uno u otro de los hermanos S. Algora. Ruta problemática, constantemente embotellada, incapaz ya de ofrecer un cauce normal a todo ese torrente motorizado que sobre ella se desliza. Las paradas obligadas son constantes, y a veces, en el corto trayecto de esos veinte kilómetros que separan a la Capital con la Ciudad del famoso histórico Alcalde, se pierde la noción del tiempo; un tiempo que por otra parte, y en mi caso particular, ha sido siempre muy bien aprovechado por cierto, puesto que en estas prolongadas demoras, más que en ningún otro lugar, he tenido la oportunidad de conocer todos los detalles relativos a ambos hermanos.

Perdidos en medio de esa marea automovilística, Manuel y Vicente me han ido contando, cada uno a su modo, un día uno y otro día el otro, toda la trayectoria de sus vidas en tantos aspectos paralelas,

y toda esa gama de sentimientos que les anima a la hora del quehacer artístico. "Es un hecho cierto, que por muchos años, y debido a esa estrecha relación existente entre nosotros, no ha podido observarse una marcada distinción que nos definiese de una manera específica separadamente" — han reconocido los dos. Y esto es verdad.

Para aquellos que nos hemos interesado en el estudio de la obra "Algora", este hecho resulta totalmente claro, y las razones también. Generalmente, su tiempo acaparado casi exclusivamente por la cerámica, necesito del quehacer de ambos para los mismos objetos, fundiéndolos en el resultado final — eso sí, indiscutiblemente bello — de una creación "Algora", donde estuvieron siempre presentes el sentido del ritmo, la originalidad en concepciones modernas — sin extravagancias —, y el dominio del dibujo en fin, todo lo cual daba como consecuencia piezas de incomparable calidad y buen gusto.

Y lo mismo puede decirse, incluso, de aquellos otros trabajos realizados fuera del taller y ejecutados en común, poniendo cada uno de ellos todo su empeño en el logro de un final armonioso, en aras de lo cual — inconscientemente quizá —, sacrificaron individualmente sus propias peculiaridades.

Es la época de los grandes murales y otras realizaciones marcadas por un geometrismo predominante, donde puede decirse que los círculos y las rectas fueron los encargados de dar expresión a la temática escogida. Son esos mismos círculos y esas mismas rectas más o menos vigorosos (más en Manuel y menos en Vicente), que por entonces acusan también las pocas obras individuales que se les conocen, fruto naturalmente, de aquella inter-influencia de entrámbos, y en cuya factura — fuerte estructuración arquitectónica — no se está muy lejos de las andaduras con nostalgias cubistas de Vázquez Díaz.

En todas estas realizaciones se respeta al máximo el material primario sobre el cual se intenta trabajar. Dejar que el material hable por si mismo, parece ser un lema. Acaso tengan presentes Manuel y Vicente esas ideas teológicas de Teilhard sobre la sacramentalización de la materia; esa materia de la que formamos parte y con la cual el artista — agudo siempre en la percepción de lo sensible —, está capacitado para entablar un dramático diálogo, lucha amorosa y ruda a la vez, donde se intenta conseguir que el elemento virgen abandone su condición de aparente insensibilidad para convertirse en receptáculo de vibrantes sensaciones. Pero la victoria está siempre asegurada para el verdadero artista creador que logra al final domar ese material, no siempre dispuesto a rendirse sin condiciones. Este termina — transformado por la magia del arte — mostrándose estético, exhibiéndose desenmascaradamente, y enorgulleciéndose de unas cualidades de riqueza que sin el divino “¡Levántate y anda!” del genio, hubiesen quedado sepultadas bajo el polvo del olvido.

Etienne Gilson expresaba bellamente esta lucha del artista con la materia en los términos siguientes: “El hombre es una criatura demasiado pequeña y débil para crear otros objetos naturales, pero está lo suficientemente unido a la materia para moldear parte de esta con un fin espiritual en el que la naturaleza misma no parece estar empeñada. Esta es la parte del hombre; pero él es el único ser al que ésta participación le ha sido otorgada”.

Es pues, en esta investidura de lo natural con el álito divino del arte, que puede situarse ese magnífico mural ejecutado para una iglesia de Carabanchel, donde la tosca madera, maciza y rugosa, presta sus caprichosas estructuras internas para que, a través de ellas, mejor aun, fundidas con ellas, las figuras sublimes de Cristo y los Apóstoles emerjen a una realidad sensible que

convierte en certeza patente las felices palabras de Abdrè Malraux; "El único reino donde lo divino se hace visible es el arte".

Y es también —curiosamente— en otra representación de Cristo que habría de presidir un comedor de trabajadores, donde los hermanos S. Algora quisieron dejar al desnudo —más que en ningún otro lugar quizá— toda la pureza de esa materia, en este caso, material de obras.

Allí, sobre la rústica cruz compuesta por unos tablones de andamio, el yeso, los clavos, las desgarraduras surgidas a causa de la ruda servidumbre a que habían sido sometidas estas tablas, quedaron patentes, intactas. Eran ciertamente y ante todo, las huellas del dolor del hombre. Quizá habría, incluso, manchas de sangre reseca, disimulada, fundida con el polvo como en un emocionante y encendido reencuentro, presagio o anticipación del encuentro final.

Pero allí, sobre todo eso, estaba el Cristo. También dolor, sangre, humillación.

¿Tenían presentes los hermanos Manuel y Vicente todas estas inquietudes metafísicas mientras ejecutaban su obra? No lo sé ni me importa mucho. Lo que sí sé, y estoy seguro de ello, es que si toda obra de arte obliga a reflexionar, ese Cristo en la Cruz, concebido como un campo donde se dan cita la materia, el trabajo, el dolor, la muerte y la esperanza, era el mejor tema de reflexión ofrecido a quienes sentían sobre sus propias carnes un poco —o un mucho— de todo eso.

Manuel y Vicente completan la decoración de este comedor con varias figuras alusivas al trabajo, pintadas sobre los muros. Estas composiciones, concebidas y ejecutadas con un sentido marcadamente arquitectural (al que ya anteriormente nos referimos), nos introduce con toda naturalidad en ese ámbito donde la regla y el compás del carpintero, la plomada y escuadra del

albañil, el torno del alfarero etc., condicionan — tanto como favorecen — el trabajo de los hombres. Es este un mundo en el cual se conjugan rigidez y flexibilidad a la vez, pero siempre vigoroso, donde para vencer los elementos naturales son necesarios músculos de hierro y nervios de acero.

Ellos, los hermanos S. Algora, dejan plasmados en los murales ese vigor; más es un vigor, un esfuerzo dignificado también por la magia estética. Ellos son artistas y trabajadores a un tiempo. ¿Acaso desconocen sobre sus frentes la experiencia del sudor a chorros en su diario quehacer junto a los hornos candentes de la cerámica, donde los grados en calor se cuentan por millares?

Tampoco se puede dejar de percibir una especie de religiosidad en esas figuras de hombres rudos que laboran. ¿Y porqué no? "Una obra de arte (prescindiendo del contenido religioso que pueda ponerse en ella), posee siempre una dimensión que se proyecta a un más allá, cuya trascendencia depende del temple espiritual del contemplador". Pero es que el timbre del metal forjándose sobre el yunque del herrero, suena a campana matinal que anuncia el despertar de la aurora, o quizá vespertina que convoca al ángelus. El torno del alfarero, la sierra del carpintero, etc., vienen a ser algo así como murmullos transformados en súplica redentora por la cual el hombre acaba siempre sujetando todas las cosas "debajo de sus pies".

Manuel y Vicente S. Algora, en aquella época de su — digamos — simbiosis artística, no solamente ejecutan murales, más también esculturas, todas ellas marcadas con el mismo sentido de grandes planos y valientes trazos rectilíneos, de una fuerte expresividad. Aunque no abundantes en número, sí ricas en calidad. Y en este sentido, obligado resulta el hacer mención nuevamente de esa realización tan magistralmente lograda como es el Sagrario de la ya referida iglesia de Carabanchel. Al

efectuarles su encargo, el párroco del templo les había dicho: "Dénse una vuelta por las iglesias de Madrid y vean algunos sagrarios. Así se inspirarán para lograr algo que sea bonito".

Manuel y Vicente hacen precisamente todo lo contrario: No verán ningún sagrario y evitarán así toda posible influencia sobre la originalidad del proyecto.

Pero... ¿Qué es un sagrario? Manuel y su hermano son algo más que profanos en todo lo relacionado con los objetos de culto, y solamente saben que es un cofre o pequeño recinto donde se guardan las Sagradas Especies. El párroco les indicó que no existía ninguna norma canónica en cuanto a la forma exterior, dándole además, entera libertad de ejecución, seguro del feliz resultado a la vista del éxito obtenido con el retablo-mural.

Los hermanos S. Ahora conciben este proyecto como una cesta "o algo así", custodiada por ángeles, y se ponen a trabajar directamente sobre la cera que habrá de ser llevada a la fundición, con el fin de ganar un tiempo que no tienen, de acuerdo con el plazo que se ha fijado para la inauguración del nuevo templo.

¿El resultado? Una verdadera sinfonía, en bronce. Una auténtica fiesta donde toman parte, además de la mística que aletea en el conjunto, unas figuras angélicas de líneas puras y simples, repletas de vida, de gracia y de fuerza, que se agitan en torno a una cesta "o algo así", pero elevada al rango de lo sublime.

Estas estilizadas figuras celestiales tocan unas trompetas cuyas notas gloriosas se "escuchan", se dejan sentir en lo más íntimo de nuestro ser con lo que pudiera significar un victorioso ¡Aleluya!. El espíritu del inmortal Henedel parece estar allí presente patentizando el momento climax de su grandioso "Mesías". ¡Aleluya! Pero... ¿A qué, y por qué este canto de victoria? ¿Al pan transformado en Carne de Dios? ¿A la materia transformada en Arte? ¿Al Arte que sirve a Dios de cobijo...? ¡Y

qué más dá! Quizá sea un estruendoso ¡Aleluya! por todo esto a la vez que sintieron en sus oídos Manuel y Vicente cuando concibieron un tal proyecto, puesto que bien merecen un triunfal cántico de júbilo cada una de estas realidades por separado.

Y es así, en esta armoniosa convergencia de dos temperamentos exquisitos que, siendo distintos, felizmente se complementan, como han ido surgiendo durante años, ya sea en el campo de la cerámica o porcelana, como en otras vertientes del quehacer artístico, unas realizaciones admirables conocidas hoy bajo el nombre prestigioso de "Algora", que agrupa por igual a ambos hermanos.

Pero es un hecho patente —y esto tenía que acabar por imponerse— que Vicente y Manuel, siendo hermanos gemelos (hasta el punto de hacerse muy difícil el diferenciarles en algunos momentos de sus vidas), son bien distintos en cuanto a temperamento se refiere, por lo cual, llegado un momento crítico, resulta imposible contener por más tiempo limitadas sus respectivas personalidades —ambas arrolladoras—, dentro de unos condicionamientos que, si bien loables en sus objetivos, contradicen el principio "sine qua non" sobre el que se fundamenta toda clase de actividad creadora: la Libertad.

A Manuel y Vicente S. Algora, artistas de buena ley, les llega al fin el momento de una crisis crucial de larga gestación, debida al desbordamiento de sus exigencias más íntimas, sobre los condicionamientos que ellos mismos se habían impuesto —coincidente en el tiempo, felizmente, con una estabilidad y madurez de esa empresa común que ellos habían creado, y que les permitía ya una relativa independencia económica—, y entonces dicen: ¡Basta! Y se lanzan. Primero, tímidamente, por aquello de poder aparecer como "intrusos" ... o quizá "tardíos" ¡Ya han alcanzado los cuaren-

ta!... ¿pero es que acaso Goya, así como su contemporáneo David — tan distinto —, de haber desaparecido de este mundo antes de los cuarenta años contarían hoy algo en la Historia del Arte?

Tampoco, pues, debe contar eso. Ellos, los hermanos S. Algora, necesitan lanzarse por razones imperiosas (que ni ellos mismos serían capaces de explicar), y lo harán de verdad; sin largas pausas y espaciosos silencios como hasta ahora.

Mil veces han fijado sus miradas sobre la fina textura de un lienzo blanco y virgen, y han pasado de largo...

Mil veces han acariciado sus manos las delicadas y tentadoras fibras de unos pinceles que, al contacto con los colores y bajo la influencia de la fuerza creadora, obran el milagro... y se abstuvieron. "O una cosa o la otra" — se decían — ¡Tantas ataduras...! Y sufrían; les dolía el alma en silencio. Eso, un día y otro día, un mes y otro mes, un año y otro año...

Los hermanos Sánchez Algora han tomado la irreversible decisión de lanzarse a pintar con verdadero entusiasmo, y lo harán de verdad; es decir, libremente, atendiendo cada uno de ellos a sus personales exigencias estéticas, y ajenos a toda preocupación de índole material.

Libres, pues, y despojados de los viejos condicionamientos, salieron a la palestra dispuestos cada uno a recorrer su propio camino en solitario; bien pertrechados ámbos de ricos conocimientos adquiridos durante esos largos años consagrados al Arte (de una u otra manera), con el valioso bagaje, además, de una maestría poco común en el dominio del dibujo, amén de otras cualidades estéticas que bien patentizaron en todas cuantas realizaciones salieron de sus manos y que confirmarían después; es decir, a partir del momento en que ambos remontaron el vuelo llevándose consigo sus personales

inquietudes, y comenzaron a sorprendernos con el resultado de sus propios logros, fruto de la penetración inquietante en los más cerrados y desafiantes abismos que ellos —desde diferentes ángulos—, se han mostrado capaces de captar y expresar en sus más sensibles y excitantes ecos y vibraciones.

VICENTE

Así como el poeta "lleva siempre triunfalmente sus ideas sobre el carro del ritmo, porque son incapaces de ir a pie" — según las bellas palabras de Nietche —, las ideas e inspiraciones de Vicente S. Algora cabalغان todas con plena seguridad sobre el brioso corcel de un vigoroso dibujo, de trazo valiente y línea elegante. Sus numerosas obras al lápiz o al carbón, vienen a ser algo así como "poesía en blanco y negro" (alguien calificó así ciertas obras de Goya). Mas también a semejanza del inmortal Maestro de Fuendetodos, es la suya una poesía que no se ocupa ya de la belleza en su sentido clásico, sino de aquella que descubre ritmos estéticos en lo feo, incluso hasta en lo despreciable y horrible.

Vicente irrumpe en el mundo de la pintura una vez conquistada su libertad, ejercitando más el dibujo que la pintura propiamente dicha. Y es precisamente en estos dibujos ejecutados con ímpetu — donde se deja ver su gran maestría —, que vuelca su alma de poeta, no ya para

cantar al sol, la luna y las estrellas, sino algo de aquí abajo; el dolor y la miseria del hombre como protagonista de una comedia grotesca y punzante.

No es posible, pues, comentar la obra de Vicente (sobre todo sus dibujos), sin tener de alguna manera presente la obra de Goya o, al menos, un aspecto muy importante de la pintura goyesca: precisamente aquella donde el autor de las "Majas" acentúa su expresionismo tomando como objetivo prioritario la sátira de la condición humana y los vicios más execrables de la sociedad (pinturas negras), lo cual no significa desde luego que Vicente venga a ser un mero imitador del gran artista aragonés, ni mucho menos un copista de su estilo y temática. En la obra de Vicente campea airosa su propia personalidad así como todo un trazado de factura moderna. ¿Influencias goyescas? ¡Ya lo creo que las hay! Difícilmente podría sostenerse lo contrario, sobre todo —repetimos esto— en esos numerosos dibujos de una gran fuerza expresiva y mayor pureza de líneas, ejecutados bajo el impacto de fuertes sacudidas internas, siempre producidas por esas vivencias diarias que tienen como única base la angustia del hombre moderno ante el mundo de hoy.

Y es que a la hora de expresar los sentimientos más profundos que provocan en el artista tales impactos al sentirse espectador —y víctima a la vez— de un mundo como el nuestro, donde el engaño y la mentira están prácticamente institucionalizados, no puede ignorarse, como telón de fondo, la obra gigantesca de Goya, testigo insigne de una época igualmente conflictiva que proporcionó a su genio creador toda una temática excitante, transformada por la magia de sus pinceles en la más grandiosa y pura creación expresionista.

Vicente S. Algora, como lo fuera D. Francisco de Goya, es también y ante todo, un pintor testigo, habiéndome confesado en más de una ocasión su incom-

prensión sobre aquellos artistas que se muestran "indiferentes a cuanto les rodea". Como bien escribe a este respecto Gilbert Sigaux, "la pintura de hoy es solidaria, como lo es la de todas las grandes épocas; solidaria con los problemas y con las inquietudes, con las experiencias de los vivos". Afirmar — como hacen algunos — que el Arte es "intemporal", viene a ser algo así como el sostener que la Historia es estática. Y no, no lo es. La Historia sigue su curso avanzando inexorablemente sobre un engranaje gigantesco en el cual el hombre se encuentra perdido sin remedio.

El hombre es bien un ser histórico con todo cuanto pueda entrañar de fatalismo y tragedia, sobre todo en la época presente que nos ha tocado vivir, marcada por el denominador común de la angustia. Y obra del hombre es el Arte; ese arte "que atraviesa los siglos" y en el cual todo posee un significado. "Todo habla del hombre, de sus pasiones, de sus sueños, de sus muertes y resurrecciones. El arte es también una historia, y la más profundamente expresiva que exista", — vuelve a escribir Gilbert Sigaux.

Vicente, siguiendo aquí el ejemplo del autor de las Pinturas Negras, mete la razón en hibernación, y partiendo de lo real, crea un mundo imaginario — en una concepción onírico-surrealista, — evocador de la noche y sus fantasmas, donde se da cita todo lo más grotesco y perverso de la sociedad, con figuras horripilantes que reflejan la maldad, la astucia, el vicio y la más encendida pasión.

No hay, pues, nada de "plagio" en la obra de Vicente respecto a lo goyesco, aunque sí, como se ha dicho, existe una influencia a la cual muy difícilmente podría sustraerse, fruto indiscutible de esa misma preocupación por cierta clase de temas tremendamente sociales que, para un artista marcadamente romántico como lo

es Vicente (y nadie duda de que también Goya lo fue en grado sumo), pesan como "cargas en el alma".

Y puestos ya a insistir sobre ese aspecto, es decir, la existencia de una fuerte influencia goyesca en la obra de Vicente S. Algora, tampoco habría motivos suficientes para "hacerse cruces", sabiendo — como sabemos — que la influencia del pintor aragonés fue decisiva en toda la Europa del siglo XIX, constituyendo una fuente de inspiración precoz, constantemente renovada, para los más grandes artistas de la época. ¿Quién ignora que Goya está "presente" en los febriles insomnios de artistas tales como Daumier o Rouault, insignes contestadores, preocupados — más bien sacudidos — por la fealdad e ignominia del mundo moderno? Pero hay algo más, y es el hecho de que el mismo Goya se confiesa "influenciado" por otros grandes maestros que le precedieron, de lo cual él no se avergüenza an absoluto cuando confiesa: "Yo tengo tres maestros, la naturaleza, Velázquez y Rembrandt".

Y es cierto que sus concomitancias con estos dos pintores quedaron bien patentes en más de una de sus obras, pudiéndose citar como innegablemente "rembranesco" "a" "Ultima Comunión de San José de Calasanz", con aquella multitud de criaturas apiñadas, rezando en la penumbra de una iglesia. Igualmente, Goya se inspira en las mejores obras de Velázquez cuando ejecuta por el año 1778 unos aguafuertes. Y no muy afortunadamente por cierto, a la hora de enfrentarse con "Las Meninas".

¿Y acaso no se nota cuánto deben también "Los Caprichos" a Rembrandt, Tiépolo y Piranese? Y en los frescos barrocos de S. Antonio de la Florida, ¿no queda bien patente la "paternidad espiritual" de Tiépolo sobre el genio de Aragón?

De lo que no hay duda alguna es que esta obra de Vicente S. Algora, representa un testimonio fehaciente

de una época problemática, donde el ser humano se encuentra prisionero impotente de su propio progreso, y las tensiones generacionales crean roturas y aislamientos angustiosos, en medio de lo cual, cada individuo se enfrenta con los más espantosos abismos de soledad.

Y es bien cierto también, que tras esta tragedia humana se mueven fuerzas ocultas que ejercen su tiránico poder de dominio maléfico sobre los hombres, más que nunca quizá abandonados a su propia suerte. ¿Pero quiénes son esas fuerzas? ¿Dónde están acantonadas? ¿Que persiguen?

Vicente, a quien obsesionan estas "fuerzas perversas", no tiene la respuesta; solamente, constata. ¿Es acaso la intuición de ese misterioso "poder oculto" la causa de que "su mundo", exhalante de tentaciones y miserias, esté siempre presidido — más bien protagonizado — por horribles fantasmas y representaciones sarcásticas y repulsivas de las brujas?

No parece disparatado pensar que también Goya participaba de idénticas inquietudes y buscó para expresarlas más o menos las mismas figuras enigmáticas e inquietantes. Y en este sentido, bastará una muestra entre tantas: ¿Qué quiso expresar Goya en esa representación extraña titulada "Aquelarre"? (Pinturas negras). No muy lejos de su casa "La Quinta del Sordo", situada en la orilla derecha del Manzanares, existía un pequeño montículo donde la voz popular situaba la celebración de ritos bruñeriles y conciliábulos demoníacos. Allí, el gran pintor, y con esta directa influencia que le proporcionaba la cercanía material de los extraños sucesos (en los cuales, estamos seguros, él no creía), pinta una escena donde se destaca esa figura diabólica embutida en hábito negro rematado por grandes cuernos, que domina y ejerce su influencia sobre una apretada masa de brujas y otros personajes de factura tenebrosa. Están bien presentes en aquel tropel apretu-

jado, según reflejan sus rostros maléficos, todas las bajezas y miserias humanas.

¿Qué quiso expresar Goya con esta representación? ¿Acaso pensaba en un conciliábulo satánico donde se planifica la estrategia a seguir en la aplicación de la perversidad? ¿Le obsesionaban, pues, también a él esos "poderes ocultos" que se adivinan tras la "máquina" que gobierna nuestro mundo, y que parece constituir el "leit motif" en la mayor parte de la obra de Vicente?

Brujas que rien sarcásticamente, que incitan al mal, que se burlan cínicamente del dolor humano, pinta o dibuja nuestro artista una y otra vez, como queriendo con ello denunciar, sacar a la luz pública, su íntimo convencimiento de que el hombre no puede nada, en su soledad, contra ese contubernio maléfico que constantemente le acecha y domina. Son esas "brujas" que ni se ven ni se palpan, pero que existen, de acuerdo con aquel sentimiento popular en Galicia que hacer decir a sus gentes con su peculiar gracejo: "¿Brujas? No creo en ellas; pero como haberlas, háilas!"

Generalmente, las brujas y otros grotescos personajes que pululan en la obra de Vicente Sánchez Algora, rien casi siempre. Y lo hacen a carcajadas, cínicamente y con sorna; como la de quien descubre un succulento festín en las más purulentas heridas de los hombres.

Ciertos acontecimientos lamentables de la historia contemporánea, ensombrecen y exasperan, a mi entender, los resortes del alma de Vicente S. Algora, hasta hacerle estremecer. Como fueron también las crueles escenas del Dos de Mayo madrileño y todas sus secuelas, las que arrancaron de D. Francisco de Goya y Lucientes, aquellos "pedazos de bravura" para siempre inmortales. Vicente, entonces, toma el lápiz, o el carboncillo, o el pincel, y ya sea en el papel o lienzo, que traza febrilmente y con toda la fuerza expresiva de su capacidad creadora, esas figuras siempre torturadas, anhelantes.

Parece como si el artista se hubiera convencido de su incapacidad para cambiar ese estado lamentable de cosas, y hubiera optado por la denuncia, con el grito desgarrado que se desprende de buena parte de sus creaciones, en la esperanza, quizá, de que ellas contribuyan a despertar de nuestras características "modorras ibéricas", las conciencias atolondradas y bobaliconas, narcotizadas a fuerza de consumismo.

Era Vicente todavía un niño, cuando recién llegados a Madrid él y sus hermanos, después de la contienda nacional, expoleado ya por la fiebre del arte, se encaró con la tragedia en toda su más descarnada desnudez, dejándola plasmada una y otra vez en su block de dibujo. Tuvo tiempo suficiente de observarla bien... De profundizar en sus abismos... "Aquello me dejó marcado" le oí decir más de una vez. Y de ahí... todo el resto. Vicente no supo jamás qué es un niño feliz, puesto que, en verdad, ni siquiera pudo ser "niño". Ni él, ni sus hermanos, ni tampoco cuantos por aquellos tiempos calzaban pantalones cortos. Si jugaron alguna que otra vez — pocas, porque no tenían tiempo —, jugaron a la guerra, como entonces "se llevaba". Porque por aquellos años todo más o menos "olía" a esa palabra fatídica que planeaba como un peso aplastante sobre todas las cabezas. Fueron ya "viejos" desde el principio, porque desde el principio tuvieron suficiente materia para ejercitarse en reflexiones, y reflexionando han estado después todo el resto de sus vidas. Es, justo esto, la obra de Vicente; el fruto de una larga y madura reflexión. Yo sé muy bien que el artista, el que de verdad lo es, expresa siempre lo que sintió y deseó decir, pero su obra será ampliamente abierta, es decir, ofrecerá, además, un variado espectro de sugerencias para quienes la contemplan. Por esto mismo me permito libremente ofrecer mi versión sincera que resumida es ésta: Vicente S. Agora, con sus carboncillos y pinceles y en muchas

de sus obras — casi todas —, clama a los hombres de hoy tan alto y elocuentemente, como lo hicieron en tiempos pretéritos y también críticos, un Isaías Profeta, Pablo de Tarso, o Juan con su Apocalipsis, desde su destierro en la isla de Patmos.

Claro es que, lo mismo que en todo largo y apresurado caminar se hacen necesarios algunos momentos de contención y respiro, incluso de sosiego y descanso, también en la obra de Vicente — áspera y fuerte — se advierten pausas de una menor inquietud, y hasta de paz si se quiere; sobre todo, en sus telas más recientes.

Esa menor agresividad a que nos referimos se refleja en una serie de obras suyas en las cuales ya no es su intención el penetrar con la valentía que le es característica dentro de los antros más oscuros de la miseria humana, sino el detenerse en los mismos quicios del foso, donde observa con ironía la picaresca contenida en los modos y costumbres sociales, no siempre exentos de la nota agria y punzante, que también contribuyen no poco a dificultar nuestra ya difícil existencia y mutuo entendimiento.

Así, temas como "el bulo", abortivo social de insospechadas y desagradables consecuencias; el "fraude", moneda de curso legal en nuestros días, etc. Situaciones cómicas como esa del señor jerarca pueblerino que consigue hacer nombrar a su hija — típico enjendro de fealdades — como "reina", "maja" o "miss" del tal o cual fiesta mayor, las recoge Vicente magistralmente calando en el fondo y trasfondo de la anécdota con su fina y elegante percepción. El es un agudo observador de la naturaleza humana y, al tratar esta clase de temas, no tiene ninguna necesidad de recurrir al planteamiento habitual en los cronistas de ocasión. Es lo tragicómico del asunto, aquello que aparece en la superficie del lienzo, sin que ningún otro elemento ajeno a este propósito encuentre cabida en la composición.

Vicente se burla, ridiculiza más bien en estos lienzos, estas imperfecciones tan frecuentes como desdichas, tales como la vanidad, el orgullo, la codicia, la crítica malintencionada, etc. Son "tumores" incrustados en la condición humana cuya existencia le molesta, siendo por esto que los saca a relucir en toda su caricaturesca vulgaridad. El desearía un mundo más puro; sueña con él. No está ni mucho menos conforme con cuanto le rodea, y lo dice. Si ante los "grandes pecados" individuales o sociales clama y grita a voces en sus obras, ante esos otros más "tolerables", pero que no dejan de ser estorbos al amor, la comprensión, la fraternidad y la paz, ironiza; reflejando plásticamente toda su ridiculez.

El amor, la paz, la inocencia, ¿Conoce Vicente S. Algora algo de estas cosas? Sí, está bien claro que las conoce, y porque las conoce, se muestra intolerable contra todo aquello que atente contra ellas. Vicente penetra en un oasis de ternura cuantas veces se ha enfrentado con uno de estos temas, intentando resvestirlos de tangible realidad. Y cuantas veces lo ha intentado, ha conseguido unas piezas maestras donde aquellos conceptos sublimes han alcanzado su máxima expresión.

Aquella "Maternidad", en que madre e hijo no son precisamente dos seres humanos, sino, unos "humanoides" — o simios, quizá —, no podrían llegar más lejos en toda su enternecedora sensibilidad. Es un cuadro conmovedor — lírica pura — que por sí solo se revelaría capaz de consagrar al artista, si no hubiera otras obras para corroborarlo.

Y ese otro lienzo de la niña en su primera comunión, que recoge, posiblemente, una de las vivencias más íntimas del pintor; escena ésta de una exquisita elegancia y simplicidad, exaltación esplendorosa y radiante de la inocencia.

"Niña en azul", de una ingenuidad candorosa rayan-

do en lo "naif", donde el artista se decanta y alcanza una pureza soberana, etc.

Son estos últimos lienzos y dibujos los que revelan en nuestro artista un momento actual de calma apacible... ¿Y después? No lo sabemos. Vicente no ha dicho —obviamente— su última palabra con lo que hasta ahora ha dicho. Es más; está muy lejos de decirlo todavía, cuando apenas ha apuntado los cuarenta...

Pero sería arriesgado por nuestra parte aventurarnos en trazar desde ahora una posible trayectoria de su futuro en la pintura. Una cosa es segura desde luego; y esto es que no nos imaginamos a Vicente comprendido en ese tropel de artistas o pseudo-artistas inestables que cambian de estilo o movimiento con la misma facilidad que se cambia de camisa. Un año se milita en el cubismo, el otro en el surrealismo, luego en el hiperrealismo o en cualquiera otro de esos "ismos" habidos y por haber que —como apunta finamente Joaquín de la Puente— "unas veces se nos han dado en serio, poniéndonos a temblar, y otras se nos han fingido con aparatosísimas desfachateces y ladinas picardías".

A Vicente Sánchez Algora se nos antoja imposible verlo atraído por cualquiera otra cosa que no sea aquella de la cual él esté seguro no encontrarla fuera de sí mismo. Y esto, por la sencilla razón de que en su interior existe la suficiente imaginación y capacidad, creadora, como para no tener que preocuparse por corrientes o tendencias ajenas o extrañas a su verdadera autenticidad.

MANUEL

“El arte está en la naturaleza, y hay que arráncarselo” (Alberto Durero).

Manuel Sánchez Algora no irrumpe en el mundo de la pintura encaramándose por algún “repecho transcendentalista... o descenso espeleológico a las simas de los psicologismos, etc. etc.”, de que nos habla certeramente Joaquín de la Puente, refiriéndose a una buena parte del arte actual. Manuel no ha tenido —por lo menos hasta hoy— la intención de inmiscuirse en tales “recovecos espirituosos”. Tampoco —a semejanza de su hermano Vicente— ha sentido el agujoneamiento de una denuncia violenta y atrevida de nuestro mundo actual con todas sus lacras y miserias; lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que todo ello le sea indiferente.

Para Manuel Sánchez Algora, el Arte —como afirmaba Durero— está en la naturaleza. Mas a su entender, esa “naturaleza” es, ante todo, el Hombre. El hombre tomado en solitario, aislado. Abismo de soledades y vacíos insólitos a

la vez que atrevida espadaña pronta a confundirse con las alturas del azul infinito...

El trabajo de Manuel, casi exclusivamente, está dedicado al Hombre; pero al hombre como unidad independiente; como universo cerrado y misterioso. Como campo infinito de sensaciones personales...

¿Qué es, entonces, el hombre? Manuel tampoco sabe a ciencia cierta lo que es, pero trata de adivinarlo; así, individualmente. Tomándolo en su extrema desnudez y efectuando sobre él la más inquisitiva de las prospecciones. Manuel da ya por sentado que el hombre no es, como muchos afirman con no poca ligereza, el más perfecto de los mamíferos. Para él carece de sentido eso de confundirle con la suerte del reino animal donde cada una de las especies continúa rigiéndose desde los orígenes, por las mismas leyes que les circunscriben a un perpetuo mimetismo. El Hombre supo pasar de las cavernas a los rascacielos. De conformarse con su parcela de pastoreo primitiva, hasta alcanzar las órbitas de otros lejanos planetas...

Manuel Sánchez Algora ha comprendido que la historia de los, hombres revela un significado: la persecución de un fin, un climax, que él naturalmente, ignora. Manuel no puede admitir la banalidad de una entrada en la vida con dolor, y una salida de ella en sufrimiento, con un corto, pero apretado intermedio de inmensidades... que no habrán de tener adecuadas trascendencias.

Manuel Sánchez Algora está convencido, en suma, que el hombre es algo digno de profundizar, tanto en sus más altas cúspides, como — si se tiene valor para ello — en sus más tétricos y enigmáticos abismos...

Es esta su obsesión. El sabe qué es situarse en el centro de la Capilla Sixtina y mirar, contemplar ensimismado los frescos de Miguel Angel. ¡Insólito! No se puede escalar más en altitudes, sin rivalizar ya con las facultades sobrenaturales del Gran Artista Creador del

Universo. No es posible ir más lejos en cuanto a concepción de belleza y armonía. En contraste, Manuel conoce también de los Campos de Auswitz y del Archipiélago Goulag... ¡Espantoso! A la vista de un tal testimonio denigrante dejado allí para vergüenza perpetua del género humano, Manuel, el artista, se siente confundido, aturdido, herido en lo más vivo de su alma noble.

¿Qué es el Hombre? —se pregunta entonces. Y su fértil imaginación creadora se refugia en el lienzo blanco...

Ya está el artista, el pintor, situado frente a la tela, entablando con ella el más íntimo y conmovedor de sus diálogos. Ya tiene el "tema" el Hombre. Esa "naturaleza" viviente y palpitante de la cual —como afirmaba Durero— es necesario "arrancar" el arte. Más... ¿Qué "Hombre", el de las alturas o el de los abismos...? Ahí está el mayor de los enigmas.

Aterra pensar que el uno y el otro sean, o puedan ser, una misma cosa. Se sienten vértigos ante la posibilidad de que, dentro de nuestra misma piel se escondan ambas condiciones agazapadas — el lobo y el cordero —, dispuestos a manifestarse en uno o en otro sentido según los condicionamientos. No podemos olvidar aquello de "Yo soy yo y mis circunstancias..." ¿Son, pues, las circunstancias las que condicionan las subsiguientes conductas humanas? Entonces, de ser así, habrían de sacarse consecuencias que producen verdaderos escalofríos...

Tampoco Manuel S. Algora ha buscado "su Hombre tipo" —ya puede imaginarse— en los ídolos o idolillos de primera, segunda o tercera fila que vegetan por los estadios —con ortografías más o menos hispánicas—, los ruedos, estrados, escenarios o antesalas de la cursilería. Ni han de ser necesariamente esos pináculos gigantescos, sobresalientes en las artes, las ciencias, las religiones, etc.

El "Hombre" de Manuel, puede ser cualquier paseante de la calle; uno de esos que normalmente pasaría quizá inadvertido. Ese "Hombre" está en la fábrica, en el taller, incrustado en cualquiera de las actividades que ennoblecen y dignifican nuestra condición humana. El artista está seguro de descubrir en estos hombres — la mayoría de las veces de condición bien humilde — esas altas cimas donde lo humano se codea con las fronteras de lo divino, y en descubrirlo pone su mayor empeño, sabiendo que para lograr una materialización de los conceptos más sublimes, no basta con recurrir a la representación de la anécdota, por muy perfecta que sea su factura, sino que es necesario traspasar, aún, el "non plus ultra" del buen hacer hasta llegar al corazón mismo de aquello que eleva a los hombres hasta el estrado de los dioses. Ya lo dijo el Salmista: nos hizo "un poco menor que los ángeles".

Es en esta empresa gigantesca que Manuel Sánchez Algora se encuentra inmerso con entusiasmo. Para él, esos hombres más cercanos a los "dioses", tampoco tienen porqué encajar perfectamente en el "canon" de Policleto. Es un tipo vulgar, desde el punto de vista físico, claro está. Es ese músico desconocido — quizá callejero —, fracasado o no, mejor o peor afinado, pero que ha llegado a una "fusión" total con su *desvencijado* y afónico violín, hasta constituir con él un solo cuerpo, una sola unidad, en amoroso abrazo de sentimientos y vibraciones.

Manuel, el artista, no puede ignorar qué es aquello que aletea sobre el hombre bien despierto a la sensibilidad estética — ni importan mucho los resultados obtenidos. — Su entrega en la búsqueda de la perfección, de la Suprema Belleza como ideal, es ya un signo suficiente de grandeza de alma. El hecho mismo de conformarse con solamente rascar en la cantera de lo sublime, es ya una tarjeta de identidad que garantiza su pertenencia a la raza de los elegidos.

Cuando ha hecho el hallazgo, creyó encontrar el precioso filón: Ahí está el Hombre, "su" hombre. Ahora lo observará bien. Tratará de penetrar en él a través de los mismísimos poros de su piel, el brillo de sus ojos y la mueca de sus labios gruesos fundidos con la caja desbarnizada de su violín, vehículo de un mágico trasvase de estremecedoras vibraciones, y preludio siempre de intimidades fecundas. Después viene el lienzo, el carboncillo efímero, los grasos colores. Y mezclados con ellos, el Hombre; la esencia del hombre-artista.

Manuel ha ejecutado su pintura, su cuadro, a golpes de personalidad, porque él, el artista, se encuentra plenamente identificado con el sujeto de su obra. También él lleva música en sus huesos, melodía en su alma... Amor; entrega profunda y total hacia esa lírica que está más allá de lo material como aureola de un universo — "recinto cerrado y fuente sellada" —, exclusivamente reservado para el disfrute de unos pocos, muy pocos, privilegiados.

Manuel busca siempre al Hombre allí donde el terreno le sea familiar. Su vida y su obra han estado siempre de acuerdo con el "Hombre" que hay dentro de él. Podríamos casi afirmar que en una buena parte de sus obras, lo que persigue no es más que su auténtico retrato; su "autorretrato". Una corporización de sus trasfondos. Una personificación de ese "otro hombre" que se agita pujante detrás de su epidermis, lo cual explica claramente ese rechazo constante — hasta ahora, repetimos — de tratar al hombre como sujeto de perversión. ¿Lo intentó alguna vez? No lo creemos. Es verdad que para él, como para todo artista, el Hombre es grande, inmenso, hasta en sus más profundas perversiones. Una y otra condición están en perfecta consonancia. Francisco de Goya supo verlo así, y así lo plasmó en su obra. Vicente mismo, su hermano, tam-

bién ha rondado los dominios de la perversidad; aunque Vicente —hay que puntualizarlo— no intentó nunca pintar al hombre en su perversión, aisladamente, sino a las fuerzas del mal entremezcladas, presentes en lo social como germen maléfico, siempre encarnadas en repulsivas figuras de brujas y horribles fantasmas.

Manuel, repetimos, persigue al Hombre en solitario, aislado. Busca la intimidad del confidente. Cada hombre es un universo en sí mismo y con uno le basta y le sobra para reflexionar y bucear a su antojo. Un día es un músico callejero de humilde apariencia donde ha descubierto tesoros exquisitos en quilates del espíritu. Otro día es un viejo torero "de otras épocas", claro está, puesto que mal vemos a Manuel interesado por una de esas figuras-maniqués, prefabricadas al gusto del imperativo turístico y otras exigencias de índole igualmente discutible. Esas figuras de "cinema" no son catalogables a la hora de confeccionar una lista con los hombres que ofrezcan interés artísticos a causa de sus riquezas internas.

Los hombres-tipo que Manuel escudriña y exprime en sus lienzos para ofrecernos su tercera y cuarta dimensión. Son los: hombres del espíritu, del heroísmo, del esfuerzo constante y abnegado. Porque también ésta condición del hombre como "trabajador" es digna para Manuel S. Algora de ser elevada al grado más alto en la escala de valores humanos.

Manuel —ya lo deja patente en sus lienzos— ama a esos hombres trabajadores con los cuales —¡cómo no!— se siente plenamente identificado. Manuel, como su hermano Vicente, ha vestido durante toda su vida —y continúa vistiéndolo— el mono azul manchado de barro, o la blusa blanca sobre cuya superficie se desparraman a su antojo los más variados colores.

Manuel, el artista, con esa autoridad que le otorga, además, esa total identificación, se convierte así en un

gran lírico del esfuerzo humano, transformando en arte por la magia de su imaginación lúcida y creadora, imbuida de resonancias poéticas, la condición de aquellos hombres que, mientras construyen, se ennoblecen y revalorizan en abnegado silencio.

Ahí quedan los cuadros de Manuel Sánchez Algora como fieles reflejos del hombre en sus más hondas esencias. Son retazos de inmortalidad, puesto que es precisamente aquello del Hombre que traspasa los siglos, lo que el artista trató de captar y plasmar en sus lienzos. Y lo captó, y ahí están.

Valores estéticos que él, lo mismo que Vicente su hermano —y en esto sí que se puede decir aquello de “tanto monta, monta tanto...”—, supo encerrar en un dibujo vigoroso y seguro, haciendo suya aquella afirmación para nosotros igualmente válida de D. Florentino Pérez Embib: “No hay pintura sin dibujo que sostenga el color y que dé firmeza a la composición de un cuadro”. Manuel no concibe una obra sin el sostén de un sólido dibujo que la potencie, como no comprendería un ser humano sin esqueleto óseo. Su obra se caracteriza siempre por la solidez, y es ésta, presente ya en sus grandes temas, buscada en su gama cromática preferida, la que encuentra toda su consistencia al tener como base la piedra angular de un dibujo robusto. Un dibujo que ya, en estos últimos tiempos, ha ido abandonando sus fuertes dosis de influencias cubistas de sus primeras épocas, explicables antaño quizá por aquella vocación muralista que caracterizó sus primeras realizaciones en colaboración con su hermano Vicente. Composiciones arquitecturizadas; concebidas como una armonización de compartimientos estancos bien delimitados que, sin lugar a dudas, acentuaban la robustez del conjunto, bien en consonancia, por lo tanto, con el objetivo deseado que, generalmente, fue la exaltación del mundo del trabajo.

Pero no; aquí ha habido una evolución visible, si bien es verdad que en el dibujo de Manuel Sánchez Algora continúa siempre presente una marcada concepción escultórica. (¿Influencias remotas de aquel corto período en el cual trabajó como tallista?)

Hay algo monolítico, macizo. Algo que recuerda a bloque en la obra de Manuel. Se acentúan los planos a las zonas que luego el pincel, tratado a manera de cincel o gubia, potenciará, confirmando así las intenciones acusadas del dibujo.

Y es aquí, en el dibujo, precisamente, donde Manuel y Vicente se distancian más el uno del otro. A la sobriedad majestuosa, recia y casi estática del dibujo de Manuel, se opone la briosa inquietud tan característica en el dibujo de Vicente, donde los elementos se mueven con soltura, en un alarde fastuoso de vitalidad y elegancia de líneas.

Todo en el contenido de la obra de Manuel Sánchez Algora es formal, severo, grave y solemne. Todo en sus lienzos está concebido con un fuerte empaque de dignidad. Los mismos colores que emplea están muy lejos de evocar estridencias. Su paleta, siendo caliente, comparte por entero la austera concepción de su dibujo. Y es que Manuel, habiendo estudiado, y estudiando constantemente al hombre, ha comprendido ya que el solo hecho de ser Hombre, con todo cuanto ello entraña en inmensidades, significa algo demasiado grande, demasiado serio como para no tenerlo en cuenta a la hora de llevarlo al lienzo...

LOS HERMANOS S. ALGORA ANTE LA CRITICA

J. PEREZ-GUERRA.

“Las porcelanas Algora”, como sucede generalmente con el resto de las producciones actuales, no reniegan de su parentesco lejano con el Buen Retiro y otros Centros igualmente venerables que a su vez se inspiraron en corrientes y técnicas extra-pirenáicas. Esto sentado, no cabe duda de que a partir de esta base, y habiendo entrado en juego la nueva savia impetuosa y creadora de unos hombres jóvenes con verdadero meollo de artistas, capaces por lo tanto de aportar auténticos enriquecimientos a lo ya conocido, tenían que lograrse unas realizaciones marcadas por una fuerte y original personalidad. Es esto, cuanto hemos podido comprobar sobre el terreno mientras recorríamos sus instalaciones recientes, que por cierto, constituyen un buen modelo para este tipo de actividades. Manuel y Vicente Sánchez Algora, nos ofrecen toda cuanta información le solicitamos. Por lo visto — y esto lo confirman

sobradamente los objetos que pudimos ver —, estos dos hermanos gemelos, bien conocidos en los medios artísticos madrileños, se sienten mucho más estimulados por el afán de hacer arte en el campo de la porcelana, que por cualquiera otra clase de consideraciones comerciales. No entra en sus proyectos la expansión y el crecimiento constante de la empresa por ellos creada, sino todo lo contrario; tratar de mantenerla en aquellos justos límites que no atenten contra su carácter artesanal, y si es posible, depurar este al máximo, hasta lograr que cada objeto pueda constituir por si solo una verdadera pieza artística...

Naturalmente, y de acuerdo con tales planteamientos, surge el problema de un personal adecuado, hombres con verdadera madera de artistas que puedan compartir esta tarea; y en esto, los Hermanos S. Algora, con la experiencia ya de muchos años como ceramistas, lograron irse rodeando de esta clase de colaboradores, con lo cual, las grandes producciones en serie que pudieran esperarse (o desearse) de una empresa bien montada, en el caso "Algora" tratan de reducirse al mínimo posible para dar paso a esas realizaciones de "piezas únicas" o "series limitadas" en las cuales no se regatean ya ningún esfuerzo ni en tiempo ni en gastos hasta lograr el resultado perseguido. Son estas piezas las que les han acaparado su prestigio actual, acentuado por el hecho de que no es frecuente encontrar estas piezas "Algora" en el mercado, debido, lógicamente, a lo exiguo de su producción...

...Todo esto es consecuencia de esas altas cotas conseguidas para sus porcelanas por estos hombres que dedicaron toda una vida persiguiendo el arte dentro de esta especialidad. Y es que el artista será siempre eso, artista antes que cualquier otra cosa. En el caso de los Hermanos S. Algora, queda bien patente no solamente en sus porcelanas, que rivalizan en belleza y originali-

dad, sino en esos lienzos colgados sobre los muros de su exposición permanente (de porcelanas), donde cada uno de ellos, Manuel y Vicente, han sabido plasmar sus respectivas personalidades, haciendo gala de un dominio excepcional del dibujo, y una exquisita sensibilidad en cuanto a composición y cromatismo.

Es difícil, muy difícil, saber conjugar calidad, perfección, superación constante y arte en suma, con un rendimiento económico necesario. Y este es, precisamente, el resultado "Algora", donde la empresa está concebida sobre unos fundamentos que no buscan el enriquecimiento de nadie, sino la exaltación del Arte en un campo donde muchos hombres —unas cuarenta familias— encuentran la oportunidad de sentirse satisfechos mientras se realizan como artistas, al mismo tiempo que obtienen los beneficios económicos, necesarios a una digna subsistencia."

Informaciones, 17 de febrero de 1976.

FEDERICO GALINDO.

Los hermanos Algora nos han ofrecido una magnífica colección de cerámicas conseguidas con muy buen arte.

Si las esculturas, realizadas en barro, nos han convencido por su muy airosa línea y lo gracioso de su color, los barros esmaltados nos han agradado igualmente, no solo en el orden técnico, sino también por la fuerza de su dibujo y lo acertado de sus composiciones.

Estas virtudes resplandecen también en la extensa serie de porcelanas en las que la delicadeza de la materia produce calidades y transparencias de gran finura. Los temas que han servido de motivos están resueltos con mucho arte. Hay ritmo en las composiciones, estando logradas muchas de ellas con gamas grises y negras muy atractivas. Una exposición notable por todos conceptos.

"Dígame" 1-12-1959

RAUL CHAVARRI.

Los hermanos Manuel y Vicente Sánchez Algora, ceramistas y experimentadores plásticos, han realizado, como resultado de su formación en base a las artes decorativas, una pintura muy variada en que una enumeración exacta podría recorrer casi todas las partes de esta obra. En sus trabajos, que unas veces se ensamban en una colaboración y otras veces diferencia la tarea de ambos hermanos, han iniciado sobre todo en la transición figurativa, a la que han dado en ocasiones un cierto acento social, y en una concepción onírico surrealista, basada esencialmente en la búsqueda exigente y armoniosa de su planteamiento.

La Pintura Española Actual.

Se celebra actualmente una interesante exposición en el Salón Toison de la calle del Arenal, núm. 5, en la que dos jóvenes madrileños, los hermanos Sánchez Algora han colocado cuarenta y ocho porcelanas, decoradas al fuego, y en la que no sabe uno que admirar más: la originalidad, el dibujo o el colorido.

En realidad no es nuevo este procedimiento decorativo de la porcelana, en el que los hermanos Algora han calado hondo, aplicando sus condiciones de verdaderos artistas, dibujantes y proyectistas a este precioso método de decoración sobre porcelana, en que muchos fueron los que comenzaron, pero muy pocos los que llegaron a cuajar, desalentados por las dificultades que encierra y por los grandes y misteriosos afectos del fuego, que es el que manda; para dar el color, sin que existan reglas fijas ni procedimientos adecuados; para garantizar al logro de una producción limpia y definida, sin la práctica de muchísimos años, hasta dominar intensidades, calorías y efectos del fuego, puesto al servicio de la cerámica y de la decoración.

Y esto es lo que, realmente, nos ha sorprendido más, sin que nada, en la obra expuesta, deje de ser bello, atrayente y artístico; el de dos hermanos en plena juventud, camino de una madurez pletórica de éxitos, como los que están obteniendo con esta su primera salida al público en una exposición llena de aciertos, hayan logrado que el fuego sea su mejor colaborador, fijando sobre las porcelanas unas concepciones y unos dibujos modernos, sin extravagancias, en coloridos tan bellos y elegantes como si realmente fuesen arrancados al natural.

Algo parecido sucede con sus esculturas y sus barro, que si realmente no son muchos los presentados, tienen en cambio mucha calidad.

Manuel y Vicente Sánchez Algora son, como antes dijimos, madrileños; estudiaron en el Círculo de Bellas Artes y su intuición artística y sus condiciones les han colocado, todavía muy jóvenes, a la cabeza de los especialistas en este arte difícil y complejo de la decoración al fuego.

El Alcázar, 24-11-1959

...Ahora, las tapias y las vallas arquitectónicas han empezado a convertirse en lugares ideales de actuación y hasta revelación artística, como aquí se ve, en esta valla de la calle de Velázquez, en la que un grupo de importantes pintores —Viola, Datas, Lima, y los hermanos Algora— han volcado su saber de cara al público en una exhibición sin precedentes en Madrid.

Informaciones.

En Madrid está naciendo una dinastía de artistas y artesanos. Muy cerca de la plaza de Manuel Becerra, justo en una de esas calles por donde va y viene la caravana taurina tienen su taller-estudio.

Manuely Vicente Sánchez Algora trabajan y crean juntos. Ahora han sido premiados en el concurso convocado por la Dirección General de Plazas y Provincias Africanas para una serie de sellos de correo...

Manuel y Vicente son unos enamorados de su trabajo. Para ellos no supone ningún sacrificio el entregarse a él. Por el contrario, gozan al hacerlo...

Estos dos hermanos madrileños cultivan todas las artes plásticas y decorativas. Dibujo, pintura y escultura son sus tres armas. Con ellas, día a día, libran una batalla: la creación de nuevas cosas. Su material de trabajo es el barro. Cerámicas y porcelanas son su instrumento...

En su taller nace y se guarda un mundo maravilloso de obras inéditas. Hay cuadros pintados sobre porcelanas, esmaltes, murales en cerámica, estatuillas, miles de objetos únicos.

Diario Madrid, 27-7-1962.

FRANCISCO PRADO DE LA PLAZA.

Creo que hace algún tiempo ví una exposición de cerámicas de los hermanos Manuel y Vicente Sánchez Algora. Actualmente exponen estos artistas en la Sala Minerva del Círculo de Bellas Artes de Madrid. Ahora, presentan cerámicas, dibujos y óleos. La cerámica fue la técnica empleada anteriormente. Ahora, las mismas formas y las mismas calidades quieren llevarlas a otras técnicas de la plástica artística. Particularmente creo que la intención está conseguida. En los hermanos Sánchez Algora hay un denominador común: el dibujante. Un dibujante sólidamente preparado que conoció y estudió los secretos de la técnica de la cerámica. Ahora, en estas muestras más libres donde la materia no exige tanto cúmulo de circunstancias físicas, estos artistas se

muestran más como artistas. Ahora si se pueden diferenciar sus obras. Las de Manuel, son más barrocas, podríamos compararlas a las de Pedro Flores. Las de Vicente, son más goyescas. En cualquier caso, el camino emprendido por estos artistas comienza a dar buenos frutos en esas simplificaciones del dibujo.

Arriba, 26-11-1967

VENANCIO SANCHEZ MARIN.

Tienen reputación los hermanos Manuel y Vicente Sánchez Algora de extraordinarios decoradores sobre porcelana. La Sala Toison ha acogido una extensa gama de su arte, que ambos han llegado a dominar hasta el límite de la más delicada perfección, merced a una entrega apasionada y constante. Sus porcelanas son de un alarde de técnica, y el color y el dibujo se combinan en ellas para producir efectos de grata modernidad. Mas donde descubren posibilidades mayores es en sus esculturas y barros esmaltados realizados a más altos fuegos.

La gracia de sus figuras a barro cocido, a las que animan unos toques de esmalte brillante, y la densidad de sus paneles, de amplio dibujo y buenas calidades cerámicas, les abren un prometedor camino para mayores triunfos.

Revista de Arte "Goya" N.º 33 Nov.-Dic. 1959

J. MARIA URIA.

Para los ceramistas huelga la presentación de los Hermanos Algora, ya que son hartos conocidos y considerados como extraordinarios en el difícil arte de la

decoración sobre la porcelana. Así lo demuestran en esta su primera Exposición, en la que resulta casi imposible determinar qué pieza es la mejor.

Catálogo Exposición. Sala Toison. Madrid 1959

MARIANO TOMAS.

En artes decorativas, lo más logrado es "Un paso", plato esmaltado, de buen dibujo y color, obra de Manuel Sánchez Algora.

Diario Madrid, 28 de marzo de 1956.

MARIANO TOMAS.

...Manuel Sánchez Algora ha enviado tres dibujos de una gracia fina.

Diario Madrid, 15 de febrero de 1959.

ALFARO.

Exponen pinturas, dibujos y cerámicas los Hermanos Sánchez Algora. Sin despreciar la otra obra, nos inclinamos por la puramente artesana, más rica en valores plásticos y exponente de una maestría de oficio. Reafirma esa noción todavía nueva del arte popular que representa muy a menudo la parte más viva del arte, la dirección más creadora y la más emocionante, pues es la más conforme a su vocación: alegrar los sentidos y el espíritu.

Hoja del Lunes, 27-11-1967.

INDICE

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCIÓN	7
DOS HERMANOS GEMELOS	11
UNA EMPRESA COMÚN	69
VICENTE	79
MANUEL	89
LOS HERMANOS ALGORA ANTE LA CRÍTICA	97

COLECCION

"Artistas Españoles Contemporáneos"

- 1/ **Joaquín Rodrigo**, por Federico Sopena.
- 2/ **Ortega Muñoz**, por Antonio Manuel Campoy.
- 3/ **José Lloréns**, por Salvador Aldana.
- 4/ **Argenta**, por Antonio Fernández Cid.
- 5/ **Chillida**, por Luis Figuerola-Ferretti.
- 6/ **Luis de Pablo**, por Tomás Marco.
- 7/ **Victorio Macho**, por Fernando Mon.
- 8/ **Pablo Serrano**, por Julián Gallego.
- 9/ **Francisco Mateos**, por Manuel García-Viñó.
- 10/ **Guinovart**, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
- 11/ **Villaseñor**, por Fernando Ponce.
- 12/ **Manuel Rivera**, por Cirilo Popovici.
- 13/ **Barjola**, por Joaquín de la Puente.
- 14/ **Julio González**, por Vicente Aguilera Cerni.
- 15/ **Pepi Sánchez**, por Vintila Horia.
- 16/ **Tharrats**, por Carlos Areán.
- 17/ **Oscar Domínguez**, por Eduardo Westerdahl.
- 18/ **Zabaleta**, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
- 19/ **Failde**, por Luis Trabazo.
- 20/ **Miró**, por José Corredor Matheos.
- 21/ **Chirino**, por Manuel Conde.
- 22/ **Dali**, por Antonio Fernández Molina.
- 23/ **Gaudí**, por Juan Bergós Massó.
- 24/ **Tapies**, por Sebastián Gasch.
- 25/ **Antonio Fernández Alba**, por Santiago Amón.
- 26/ **Benjamín Palencia**, por Ramón Faraldo.
- 27/ **Amadeo Gabino**, por Antonio García-Tizón.
- 28/ **Fernando Higuera**, por José de Castro Arines.
- 29/ **Miguel Fisac**, por Daniel Fullaondo.
- 30/ **Antoni Cumella**, por Román Vallés.
- 31/ **Millares**, por Carlos Areán.
- 32/ **Alvaro Delgado**, por Raúl Chávarri.
- 33/ **Carlos Maside**, por Fernando Mon.
- 34/ **Cristóbal Halffter**, por Tomás Marco.
- 35/ **Eusebio Sempere**, por Cirilo Popovici.
- 36/ **Cirilo Martínez Novillo**, por Diego Jesús Giménez.
- 37/ **José María de Labra**, por Raúl Chávarri.
- 38/ **Gutiérrez Soto**, por Miguel Angel Baldellou.
- 39/ **Arcadio Blasco**, por Manuel García-Viñó.
- 40/ **Francisco Lozano**, por Rodrigo Rubio.
- 41/ **Plácido Fleitas**, por Lázaro Santana.
- 42/ **Joaquín Vaquero**, por Ramón Solís.
- 43/ **Vaquero Turcios**, por José Gerardo Manrique de Lara.
- 44/ **Prieto Nespereira**, por Carlos Areán.
- 45/ **Román Vallés**, por Juan Eduardo Cirlot.
- 46/ **Cristino de Vera**, por Joaquín de la Puente.
- 47/ **Solana**, por Rafael Flórez.
- 48/ **Rafael Echaide y César Ortiz Echagüe**, por Luis Núñez Ladeveze.
- 49/ **Subirachs**, por Daniel Giralt-Miracle.
- 50/ **Juan Romero**, por Rafael Gómez Pérez.
- 51/ **Eduardo Sanz**, por Vicente Aguilera Cerni.
- 52/ **Augusto Puig**, por Antonio Fernández Molina.
- 53/ **Genaro Lahuerta**, por A. M. Campoy.
- 54/ **Pedro González**, por Lázaro Santana.
- 55/ **José Planes Peñálvez**, por Luis Núñez Ladeveze.
- 56/ **Oscar Esplá**, por Antonio Iglesias.

- 57 / **Fernando Delapuenta**, por José Luis Vázquez-Dodero.
 58 / **Manuel Alcorlo**, por Jaime Boneu.
 59 / **Cardona Torrandell**, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
 60 / **Zacarías González**, por Luis Sastre.
 61 / **Vicente Vela**, por Raúl Chávarri.
 62 / **Pancho Cossio**, por Leopoldo Rodríguez Alcalde.
 63 / **Begoña Izquierdo**, por Adolfo Castaño.
 64 / **Ferrant**, por José Romero Escassi.
 65 / **Andrés Segovia**, por Carlos Usillos Piñeiro.
 66 / **Isabel Villar**, por Josep Meliá.
 67 / **Amador**, por José María Iglesias Rubio.
 68 / **María Victoria de la Fuente**, por Manuel García-Viñó.
 69 / **Julio de Pablo**, por Antonio Martínez Cerezo.
 70 / **Canogar**, por Antonio García-Tizón.
 71 / **Piñole**, por Jesús Baretini.
 72 / **Joan Ponç**, por José Corredor Matheos.
 73 / **Elena Lucas**, por Carlos Areán.
 74 / **Tomás Marco**, por Carlos Gómez Amat.
 75 / **Juan Garcés**, por Luis López Anglada.
 76 / **Antonio Povedano**, por Luis Jiménez Martos.
 77 / **Antonio Padrón**, por Lázaro Santana.
 78 / **Mateo Hernández**, por Gabriel Hernández González.
 79 / **Joan Brotat**, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
 80 / **José Caballero**, por Raúl Chávarri.
 81 / **Ceferino**, por José María Iglesias.
 82 / **Vento**, por Fernando Mon.
 83 / **Vela Zanetti**, por Luis Sastre.
 84 / **Camín**, por Miguel Logroño.
 85 / **Lucio Muñoz**, por Santiago Amón.
 86 / **Antonio Suárez**, por Manuel García-Viñó.
 87 / **Francisco Arias**, por Julián Castedo Moya.
 88 / **Guijarro**, por José F. Arroyo.
 89 / **Rafael Pellicer**, por A. M. Campoy.
 90 / **Molina Sánchez**, por Antonio Martínez Cerezo.
 91 / **María Antonia Dans**, por Juby Bustamante.
 92 / **Redondela**, por L. López Anglada.
 93 / **Fornells Plá**, por Ramón Faraldo.
 94 / **Carpe**, por Gaspar Gómez de la Serna.
 95 / **Raba**, por Arturo Villar.
 96 / **Orlando Pelayo**, por M. Fortunata Prieto Barral.
 97 / **José Sancha**, por Diego Jesús Jiménez.
 98 / **Feito**, por Carlos Areán.
 99 / **Goñi**, por Federico Muelas.
 100 / **La postguerra, documentos y testimonios**, Tomo I.
 100 / **La postguerra, documentos y testimonios**, Tomo II.
 101 / **Gustavo de Maeztu**, por Rosa M. Lahidalga.
 102 / **X. Montsalvatge**, por Enrique Franco.
 103 / **Alejandro de la Sota**, por Miguel Angel Boldellou.
 104 / **Néstor Basterrechea**, por J. Plazaola.
 105 / **Esteve Edo**, por S. Aldana.
 106 / **M. Blanchard**, por L. Rodríguez Alcalde.
 107 / **E. Alfageme**, por V. Aguilera Cerni.
 108 / **Eduardo Vicente**, por R. Flórez.
 109 / **García Ochoa**, por F. Flores Arroyuelo.
 110 / **Juana Francés**, por Cirilo Popovici.
 111 / **M. Dróc**, por J. Castro Arines.
 112 / **Ginés Parra**, por Gerard Xuriguera.
 113 / **A. Zarco**, por Rafael Montesinos.
 114 / **D. Argimón**, por Josep Valles Rovira.
 115 / **Palacios Tardez**, por Julián Marcos.
 116 / **Hidalgo de Caviedes**, por Manuel Augusto García de Viñolas.
 117 / **Teno**, por Luis G. de Candamo.
 118 / **C. Bernaola**, por Tomás Marco.
 119 / **Beulas**, por J. Gerardo Manrique de Lara.
 120 / **Hnos. Algora**, por Fidel Pérez Sánchez.

Esta monografía sobre la vida y la obra
de los pintores Hermanos Sánchez
Algora ha sido realizada en Madrid, en
los talleres de Artes Gráficas Gaez.

Es cierto, que como tales, ya tuvieron ocasión de manifestarse al público a través de alguna que otra exposición. Pero de esto hacè ya bastantes años. Después, nada. Alguna que otra pequeña aportación en cualquier convocatoria sin demasiada envergadura. ¿Porqué?

Simplemente porque su tesón y total entrega en el campo de la cerámica, además de aportarles éxitos y renombre, les acarreó como pesados y obligado lastre una tal cantidad de cargas y responsabilidades, que acabaron por impedirles el ejercicio de cualquiera otra actividad fuera del taller, con sus tierras y sus barnices... ¡Y cuanto les ha costado esta obligada renuncia al lienzo y al caballete...! Tanto que, un buen día — no hace mucho — sin pensárselo más dijeron: ¡Basta! Y se lanzaron a pintar.

Y ahí están; pintando. Su obra es reciente, y por lo tanto, temprano resulta el sacar conclusiones definitivas. Eso sí; son artistas hasta la médula — y bien lo han demostrado en sus cerámicas y porcelanas hasta ahora. ¿Qué se puede esperar, pues, de quienes sienten y ponen el Arte por encima de todas las cosas? Arte, naturalmente.

Las obras de Manuel y Vicente S. Algora ya están ahí. Ya se les puede tomar el pulso... ¡Hay fiebre...! Existe un extraño estremecimiento en sus realizaciones... Se adivina el paroxismo; el clímax.

No resulta aventurado, por lo tanto, adelantar que sus nombres van a contar en adelante, entre los Grandes actuales del quehacer artístico.

SERIE PINTORES

